PLAUTO

LAS BAQUIDES

PERSONAJES

PISTOCLERO, joven.
BÁQUIDE I, cortesana.
BÁQUIDE II, cortesana (hermana de la anterior, amante de Mnesíloco).
UN ESCLAVO
LIDO, esclavo, preceptor de Pistoclero.
CRÍSALO, esclavo.
NICOBULO, viejo (padre de Mnesiloco).
MNESÍLOCO, joven.
FILÓXENO, viejo (padre de Pistoclero).
UN PARÁSITO.
UN ESCLAVO PEQUEÑO.
ARTAMÓN, lorario.
CLEÓMACO, soldado.

La acción transcurre en una calle de Atenas, antes las casas de Báquide I y de Nicobulo.

ACTO I
ESCENA PRIMERA

LAS BÁQUIDES, PISTOCLERO

(Laguna.)

BÁQUIDE I: ¿Sería posible que tú te callaras y fuera yo la que hablara?
BÁQUIDE II: Muy bien; de acuerdo.
BÁQUIDE I: Si me falla la memoria, en ese caso acude tú en mi ayuda, hermana.
BÁQUIDE II: Más temo yo, por Pólux, que me fallen a mí te palabras a la hora de aconsejarte.
BÁQUIDE I: Y yo, por Pólux, que le falle el canto al ruiseñor. Ven conmigo. (Se acercan a PISTOCLERO.)
PISTOCLERO: (Aparte.) ¿Qué estarán tramando dos cortesanas hermanas tocayas? (A las Báquides.) ¿Qué habéis decidido en vuestra deliberación.
BÁQUIDE I: Nada malo.
PISTOCLERO: Por Pólux, que no es eso propio de cortesanas.
BÁQUIDE I: Ser más desgraciado que la mujer no existe
PISTOCLERO: ¿Y cuál crees que se lo merece más?
BÁQUIDE I: Mi hermana me pide que encuentre a un hombre que la proteja de ese soldado, para que, una vez que haya prestado sus servicios, pueda volver a casa. Anda, por favor, encárgate de ello por su bien.
PISTOCLERO: ¿De qué he de encargarme por su bien? .
BÁQUIDE I: De que pueda volver a casa, una vez que haya prestado sus servicios, para evitar que el soldado la retenga como esclava. Porque, si ella tuviera dinero para devolverle lo cobrado, se lo daría encantada.
PISTOCLERO: ¿Y dónde está ahora ese individuo?
BÁQUIDE I: Dentro de un momento creo que estará aquí. Pero este asunto lo podrás resolver mejor en nuestra casa. Además allí podrás esperar sentado a que llegue el soldado. De paso beberás, y de paso, cuando hayas terminado de beber, yo te daré un beso.
PISTOCLERO: Puro visgo1 son vuestros halagos
BÁQUIDE I: ¿Por qué?
PISTOCLERO: Pues porque me doy cuenta de que las dos tratáis de cazar al mismo pichón. ¡Estoy perdido! La caña me golpea las alas. Creo, mujer, que este asunto no me conviene.
BÁQUIDE I: ¿Por qué, cariño?
PISTOCLERO: Porque temo a las bacantes, Báquide, y tu bacanal.
BÁQUIDE I: ¿Qué dices? ¿Qué temes? ¿Que sentarte conmigo a la mesa te incite a obrar mal?
PISTOCLERO: Más que la mesa temo la sobremesa. Tú eres un animal peligroso. Pues a mis años no conviene, mujer, frecuentar lugares tenebrosos.
BÁQUIDE I: Yo misma, si quisieras hacer en mi casa alguna tontería, te lo impediría. La razón por la que quiero que estés en mi casa cuando llegue el soldado, es porque, si tú estás presente, ni a mi hermana ni a mí nos hará daño alguno. Tú se lo impedirás y, de paso, prestarás un servicio a tu compañero. Y el soldado, al llegar, creerá que soy yo tu amiga. Pero, ¿por qué has enmudecido, cariño?
PISTOCLERO: Porque esas cosas son muy bonitas de decir, pero cuando las pones en práctica y haces la prueba, son aguijones que te traspasan el corazón, te acribillan la fortuna, hieren tu conducta y tu reputación.
BÁQUIDE II: Pero, ¿qué temes de mi hermana?
PISTOCLERO: ¿Que qué temo preguntas? ¿Un joven como yo me voy a meter en un gimnasio de este tipo, donde se suda para la ruina, donde en lugar del disco arrojaría dinero, en lugar de la carrera ganaría el deshonor...

BÁQUIDE II: ¡Qué agudo!
PISTOCLERO: ... donde en lugar de la espada cogería una tórtola2, [donde alguien pondría en mis manos en lugar del cesto una jarra], en lugar de la gálea habría una bacía, en lugar de la cimera una corona de flores, en lugar de la lanza arrojaría los dados, en lugar de la loriga me pondría una delicada capa, en lugar de caballo se me daría un lecho y a mi lado yacería una cortesana en lugar del escudo. ¡Quita de ahí, quita!
BÁQUIDE II: ¡Oh, eres demasiado salvaje!
PISTOCLERO: Lo soy para mí.
BÁQUIDE II: Hay que amansarte. Es un favor que te hago.
PISTOCLERO: ¡Ah, no! Ese favor me costaría muy caro.
BÁQUIDE I: Finge que me amas.
PISTOCLERO: ¿Y he de fingirlo de broma o en serio?
BÁQUIDE I: Sí, en serio mejor. Cuando llegue el soldado, quiero que me abraces.
PISTOCLERO: ¿Y para qué he de hacerlo?
BÁQUIDE I: Para que él te vea. Yo sé lo que hago.
PISTOCLERO: Y yo, por Pólux, sé lo que temo. Pero, dime.
BÁQUIDE I: ¿Qué?
PISTOCLERO: Si en tu casa de repente se sirviera una merienda o acaso algo de beber o una cena, como suele suceder en esa clase de reuniones, ¿dónde me sentaría yo?
BÁQUIDE I: A mi lado, corazón mío, para que el guapo se siente con la guapa. Aquí, en nuestra casa, por muy de improviso que vengas, siempre habrá un sitio disponible para tí. Cuando tú quieras, rosa mía, divertirte un rato, me dirás: «Haz que me lo pase bien.» Y yo te asignaré un bonito sitio para que te lo pases bien.
PISTOCLERO: Es éste un río de arrebatadora corriente que no se puede cruzar sin precauciones.
BÁQUIDE I: (Aparte.) Por Castor, que algo has de perder en este río. (A PISTOCLERO.) Dame la mano y sígueme.
PISTOCLERO: ¡Ah, no! De ninguna manera.
BÁQUIDE I: ¿Por qué no?
PISTOCLERO: Porque no hay tentación más peligrosa para un jovenzuelo que ésta: la noche, una mujer y el vino.
BÁQUIDE I: Está bien, está bien. Yo, desde luego, si no es por ti, no tengo ningún interés en ello. El soldado sin duda se la llevará; tú no estés presente, si no te apetece.
PISTOCLERO: (Aparte.) ¿Es que valgo tan poco como para no saber dominarme?
BÁQUIDE I: Pero, ¿de qué tienes miedo?
PISTOCLERO: De nada; tonterías. Mujer, me pongo bajo tu potestad, soy tuyo, estoy a tu entera disposición.
BÁQUIDE I: Eres encantador. Ahora quiero que hagas esto. Hoy quiero dar a mi hermana una cena de bienvenida. Por eso voy a hacer que te traigan dinero de casa. Tú encárgate de comprar las provisiones y que sean copiosas.
PISTOCLERO: Compraré con mi dinero. Porque sería una deshonra para mí, que tú me hicieras un favor y para hacérmelo corrieras tú con los gastos.
BÁQUIDE I: Pero yo no quiero que pongas nada de tu bolsillo.
PISTOCLERO: Déjalo.
BÁQUIDE I: Está bien, lo dejo, si así lo quieres. Pero date prisa, cariño.
PISTOCLERO: Estaré de vuelta antes de dejar de amarte. (Sale.)
BÁQUIDE II: Me vas a hacer un buen recibimiento a mi llegada, hermana mía.
BÁQUIDE I: ¿Por qué dices eso, por favor?
BÁQUIDE II: Porque, a mi juicio, has pescado hoy una excelente pieza.

BÁQUIDE I: Ese desde luego ya es mío. Ahora te ayudaré a resolver el asunto de Mnesíloco, hermana, a ver si consigues aquí el oro y no tienes que marcharte con el soldado.
BÁQUIDE II: ¡Ojalá!
BÁQUIDE I: Te ayudaremos. El agua está caliente. Entremos para que te bañes. Pues, como has hecho el viaje en barco, supongo que estarás mareada.
BÁQUIDE II: Un poco, hermana. De paso dejemos el sitio libre a ése, no sé quien, que viene aquí a armar jaleo.
BÁQUIDE I: Sígueme, pues, adentro y recuéstate en el lecho para descansar un poco. (Entran en casa).

ESCENA SEGUNDA

LIDO, PISTOCLERO

LIDO: (A PISTOCLERO, vestido de fiesta y seguido par un cortejo de esclavos con las provisiones para la cena.) Ya hace un buen rato, Pistoclero, que te sigo en silencio, observando lo que haces con ese atuendo. Porque, te lo juro por los dioses, hasta Licurgo creo yo que en esta ciudad podía ser inducido al libertinaje. ¿Adonde te encaminas ahora por el camino opuesto3 con tan gran cortejo?
PISTOCLERO: (Señalando la casa de las Báquides.) Aquí.
LIDO: ¿Cómo que aquí? ¿Quién vive aquí?
PISTOCLERO: El Amor, el Placer, Venus, la Gracia, la Alegría, las Bromas, la Diversión, la Conversación, el Dulcebesar.
LIDO: ¿Y qué tienes tú que ver con esos dioses ruinosísimos?
PISTOCLERO: Son malos los que hablan mal de los buenos. Y tú no hablas correctamente de los dioses. No está bien lo que haces.
LIDO: ¿Es que hay algún dios llamado el Dulcebesar?
PISTOCLERO: ¿Es que nunca pensaste que lo hubiera? Oh Lido, eres un bárbaro. Yo te creía mucho más sabio que Tales4 y eres más necio que un niño bárbaro. ¡Mira que a tus años ignorar los nombres de los dioses!
LIDO: No me gusta ese atuendo.
PISTOCLERO: Por eso nadie lo ha confeccionado para ti; ha sido confeccionado para mí y a mí me gusta.
LIDO: Pero, ¿te atreves a bromear conmigo, cuando, aunque tuvieras diez lenguas, deberías permanecer mudo?
PISTOCLERO: No todas las edades, Lido, son apropiadas para la lidia de la escuela. Ahora lo único que me preocupa es que el cocinero se encargue de guisar adecuadamente todos estos manjares de acuerdo con su calidad.
LIDO: Tú ya te has perdido y me has perdido a mí y todo mi tiempo. ¡Mira que haberte enseñado tantas veces en vano el camino de la virtud!
PISTOCLERO: También yo he perdido mi tiempo, como tú el tuyo. Tus enseñanzas no han sido provechosas ni para ti ni para mí.
LIDO: ¡Qué mente más obtusa!
PISTOCLERO: Me estás mareando. Cállate y sígueme, Lido.
LIDO: Anda, fíjate. Ya no me llama «preceptor», sino Lido.
PISTOCLERO: Ni parece lógico ni sería conveniente que, mientras el discípulo esté dentro, recostado junto a su amiga, cubriéndola de besos, y estén los demás comensales a la mesa, en presencia de ellos, tome parte de la fiesta un preceptor.
LIDO: ¡Oh, cielos! ¿Es que para eso has comprado todas estas provisiones!

PISTOCLERO: Eso, al menos, es lo que espero, aunque de los dioses depende lo que suceda.
LIDO: ¿Y tú tendrás una amiga?
PISTOCLERO: Lo sabrás cuando lo veas.
LIDO: ¡Ah, no! Ni la tendrás ni lo consentiré. Ahora mismo me voy a casa.
PISTOCLERO: Déjate de tonterías, Lido, y ten cuidado.
LIDO: ¿Cómo? ¿Que tenga cuidado?
PISTOCLERO: Ya sobrepasé la edad de ser tu discípulo.
LIDO: ¡Oh báratro!5. ¿Dónde estás? ¡Con qué placer me arrojaría en tu seno! Estoy viendo mucho más de lo que quería. Mucho mejor me sería haber vivido que estar vivo. ¡Un discípulo atreverse a amenazar a su maestro! No quiero yo cuentas con discípulos tan ardorosos; En la plenitud de sus fuerzas se atreve a maltratar a una persona carente de ellas.
PISTOCLERO: Me parece que voy a convertirme en Hércules y tú en Lino6.
LIDO: Más temo yo, por Pólux, que con tu conducta me convierta yo en Fénix y tenga que anunciar a tu padre tu muerte7.
PISTOCLERO: ¡Basta ya de historias!
LIDO: Este ha perdido todo respeto. Por Pólux, que has hecho un negocio poco recomendable para tus años, adquiriendo esa desvergüenza. Este hombre está muerto. ¿Es que no te acuerdas de que tienes un padre?
PISTOCLERO: ¿Soy yo tu esclavo o eres tú el mío?
LIDO: Fue un mal maestro quien te enseñó todo eso, no fui yo. Y tú has sido un discípulo mucho más receptivo a todas esas lecciones que a las que yo te enseñé, perdiendo todo mi tiempo. Por Pólux, que has hecho un mal negocio para ti, engañando y ocultando a tu padre y a mí tu escandalosa conducta.
PISTOCLERO: Hasta aquí, Lido, has tenido libertad para hablar. Ya basta. Sígueme por aquí y cállate.

ACTO SEGUNDO
ESCENA PRIMERA
CRÍSALO

CRÍSALO: (Llegando del puerto.) ¡Salud, patria de mi amo, la que dos años después de mi partida para Efeso vuelvo a ver con alegría! Y también te saludo a ti, vecino Apolo8, que habitas en las proximidades de nuestra casa, y te suplico que no permitas que me encuentre Nicobulo, nuestro viejo, antes de que yo haya visto a Pistoclero, el compañero de Mnesíloco, al que Mnesíloco envió una carta acerca de su amiga.

ESCENA SEGUNDA
PISTOCLERO, CRÍSALO

PISTOCLERO: (Saliendo de casa de BÁQUIDE dirigiéndose hacia el interior, a la propia BÁQUIDE.) Me sorprende que me pidas con tanta insistencia que vuelva, cuando no podría de ninguna manera apartarme de ti, aunque quisiera. Y es que el amor me ha requerido y me tiene encadenado a ti.
CRÍSALO: ¡Oh, dioses inmortales, estoy viendo a Pistoclero! ¡Oh, Pistoclero, salud!
PISTOCLERO: Salud, Crísalo.
CRÍSALO: Te voy a ahorrar muchas palabras. Te alegras de mi llegada. Te lo creo. Me ofreces hospitalidad y una cena, como se debe, a mi regreso del extranjero. Por mi parte

te prometo mi asistencia. Te transmito el saludo más cordial de tu compañero. Me vas a preguntar dónde está. Está vivo.
PISTOCLERO: Está bien de salud, ¿verdad?
CRÍSALO: Eso quería preguntarte yo.
PISTOCLERO: ¿Y cómo puedo saberlo?
CRÍSALO.-—Nadie mejor.
PISTOCLERO: ¿Cómo es eso?
CRÍSALO: Porque, si has encontrado a la mujer que ama, está bien de salud; si no la encontraste, está enfermo y al borde de la muerte. La amada es la vida para el amante. Si está lejos, está muerto. Si está a su lado, muerto está el patrimonio, él vive... pero como un perdido y un desgraciado. Pero, ¿tú qué has hecho de sus encargos?
PISTOCLERO: ¿Crees que yo, después de haber recibido su mensaje, no iba a tenerle resuelto el encargo a su llegada? Preferiría morar en las regiones aquerónticas9.
CRÍSALO: ¡Ah! ¿Es que has encontrado a Báquide?
PISTOCLERO: Sí, la de Samos.
CRÍSALO: Pues procura, por favor, que la traten con cuidado. Ya sabes qué frágil es la cerámica de Samos10.
PISTOCLERO: ¿Ya estás con las tuyas?
CRÍSALO: Dime, por favor, ¿y ahora dónde está?
PISTOCLERO: Aquí, en la casa de la que me acabas de ver salir.
CRÍSALO: ¡Estupendo! No puede vivir más cerca. ¿Y se acuerda aún de Mnesíloco?
PISTOCLERO: ¿Lo preguntas? Es más, sólo y exclusivamente piensa en él.
CRÍSALO: ¡Caramba!
PISTOCLERO: Es más, ¿qué te crees?, se consume por él de amor y añoranza.
CRÍSALO: ¡Magnífico!
PISTOCLERO: Es más, Crísalo, fíjate, no pasa una milésima de segundo sin que pronuncie su nombre.
CRÍSALO: ¡Tanto mejor, por Hércules!
PISTOCLERO: Es más...
CRÍSALO: Es más... importante que me vaya, por Hércules.
PISTOCLERO: ¿Es que no te gusta oír hablar de este tema, de los éxitos de tu amo?
CRÍSALO: No es el tema, sino el actor el que me fastidia. Incluso el Epídico, la comedia que quiero tanto como a mi mismo, es la que más me desagrada, si la representa Pelión11. Pero, ¿y Báquide? ¿Te ha parecido gallarda?
PISTOCLERO: ¿Lo preguntas? Si yo no hubiera encontrado a Venus, diría que era... Juno12.
CRÍSALO: Por Pólux, Mnesíloco, tal y como veo que están las cosas, ya tienes a quien amar, ahora te falta por conseguir lo que vas a dar. Pues en estas circunstancias posiblemente se necesita oro.
PISTOCLERO: Y acuñado en filipos13.
CRÍSALO: Y posiblemente se necesita ya.
PISTOCLERO: Antes que eso, todavía. Pues de un momento a otro va a presentarse aquí el soldado...
CRÍSALO: ¿También el soldado?
PISTOCLERO: ... que exige la entrega del oro para dejar libre a Báquide.
CRÍSALO: Que venga cuando quiera y que no me haga esperar mucho. Lo tenemos en casa. Ni tengo miedo ni he de suplicar a nadie, mientras esta cabeza mía sea fecunda en malicia. Vete adentro. Yo me encargaré de todo. Tú dile a Báquide que Mnesíloco ya está aquí.
PISTOCLERO: Cumpliré tus órdenes.

CRÍSALO: (Solo.) Es a mí a quien compete este asunto monetario. Hemos traído de Efeso mil doscientos filipos de oro, que adeudaba su huésped a nuestro viejo. A partir de aquí yo maquinaré hoy alguna intriga, a fin de conseguir el oro para los amores del hijo del amo. Pero ha sonado nuestra puerta. ¿Quién saldrá a la calle?

ESCENA TERCERA
NICOBULO, CRÍSALO

NICOBULO: (Saliendo de casa, sin ver a CRÍSALO.) Me voy al Pireo, a ver si ha arribado al puerto algún barco mercante procedente de Efeso. Porque me tiene muy preocupado que mi hijo se demore allí tanto tiempo y tarde tanto en regresar.
CRÍSALO: (Aparte.) A éste lo voy yo a desplumar a conciencia, si los dioses lo permiten. No hay que dormirse. Orísalo necesita oro. Me acercaré a él y lo convertiré en el carnero de Frixo14, para esquilarle todo el oro hasta dejarlo en carne viva. (A NICOBULO.) Su esclavo Crísalo saluda a Nicobulo.
NICOBULO: ¡Oh, dioses inmortales, Crísalo! ¿Dónde está mi hijo?
CRÍSALO: ¿Por qué no me devuelves primero el saludo que te dirigí?
NICOBULO: ¡Salud! Pero, ¿dónde está Mnesíloco?
CRÍSALO: Está vivo y bien de salud.
NICOBULO: ¿Ha regresado ya?
CRÍSALO: Sí, ya ha regresado.
NICOBULO: ¡Bravo! Me has devuelto la vida. ¿Y ha estado siempre bien de salud?
CRÍSALO: Como un púgil y un atleta.
NICOBULO: Y dime, en cuanto al motivo por el que lo envié a Efeso, ¿ha recibido el oro de mi amigo Arquitémides?.
CRÍSALO: ¡Ay, Nicobulo! Se me parte el corazón y el cerebro cada vez que oigo nombrar a ese hombre. ¿Tú llamas amigo a ese enemigo tuyo?
NICOBULO: Explícame, por Hércules, ¿por qué dices eso?
CRÍSALO: Porque estoy completamente seguro, por Pólux, de que ni Vulcano15, ni la Luna ni el Sol ni el Día, ninguno de estos cuatro dioses, han iluminado a un criminal mayor.
NICOBULO: ¿Que Arquitémides?
CRÍSALO: Si, que Arquitémides.
NICOBULO: ¿Y qué hizo?
CRÍSALO: Pregunta más bien qué no hizo. En primer lugar, empezó a negárselo todo a su hijo, asegurando que no te debía ni un céntimo. Al punto Mnesíloco llamó en su ayuda a nuestro antiguo huésped, el viejo Pelagón. Y, en su presencia, sin perder un instante, le muestra al individuo la contraseña que tú mismo habías dado a tu hijo para que se la presentara.
NICOBULO: ¿Y qué pasó, cuando le mostró la contraseña?
CRÍSALO: Se pone a decir que era falsa, que no era la contraseña. ¡Y cuántas injurias dijo a tu inocente hijo! Lo acusaba de ser un falsario en esto y en todo lo demás.
NICOBULO: Pero, ¿tenéis el oro? Esto es lo que quiero saber.
CRÍSALO: Después que el pretor nombró unos árbitros16 al fin fue condenado y, obligado por la fuerza, devolvió mil doscientos filipos.
NICOBULO: Exactamente lo que debía.
CRÍSALO: Pero todavía hay más. Escucha la faena que te quiso hacer.
NICOBULO: ¿Todavía hay más?
CRÍSALO: Fíjate, que ésta va a ser una faena de gavilanes17.
NICOBULO: ¡He sido engañado! Era Autólico18 el huésped al que le confió el dinero.

CRÍSALO: Pero, escucha.
NICOBULO: Sí, yo no tenia la menor idea de la codicia de mi huésped.
CRÍSALO: Una vez que tuvimos el oro en nuestro poder, embarcamos, deseosos de volver a casa. Por casualidad yo estaba sentado en la cubierta, mirando en derredor, cuando de repente veo equipar una barca, alargada, afilada, de mal agüero.
NICOBULO: ¡Estoy perdido, por Hércules! Esa barca me ha abordado por el costado.
CRÍSALO: Era propiedad común de tu huésped y unos piratas.
NICOBULO: ¡Decir que he sido tan memo para confiar en él, cuando hasta su propio nombre Arquitémides me gritaba que me iba a quitar cualquier cosa que le confiara19.
CRÍSALO: La barca preparaba una emboscada contra nuestra nave. Yo me puse a observar lo que hacían. Entre tanto nuestra nave suelta amarras y zarpa del puerto. En cuanto acabamos de salir del puerto, los individuos se ponen a seguirnos a fuerza de remos, tan veloces como las aves o los vientos. Cuando me doy cuenta de lo que se tramaba, inmediatamente detenemos la nave. Y cuando nos ven detenernos, empezaron a dar bordadas en el puerto.
NICOBULO: ¡Qué bellacos, por Pólux! ¿Y, por fin, qué hicisteis?
CRÍSALO: Regresamos de nuevo al puerto.
NICOBULO: ¡Sabia medida la vuestra! ¿Y ellos qué hicieron?
CRÍSALO: Retornaron a tierra al atardecer.
NICOBULO: Era el oro, por Hércules, lo que querían quitaros. Eso es lo que pretendían.
CRÍSALO: No me pasó desapercibido; me di cuenta y estaba por ello medio muerto. Cuando vemos que la emboscada se tendía contra el oro, tomamos inmediatamente una decisión. Al día siguiente desembarcamos todo el oro en presencia de ellos, a plena luz del día y a la vista de todos, para que supieran lo que hacíamos.
NICOBULO: ¡Astuta determinación, por Hércules! Y, dime, ¿ellos qué hicieron?
CRÍSALO: Contrariados, al vernos marchar del puerto con el oro, varan la barca en la orilla, sacudiendo la cabeza. Nosotros entregamos todo el oro a Teotimo, que es allí el sacerdote de Diana de Efeso.
NICOBULO: ¿Y quién es ese Teotimo?
CRÍSALO: El hijo de Megalobulo, que en estos momentos es en Éfeso la persona más cara a los efesios.
NICOBULO: Por Hércules, que me resultaría mucho más caro a mí, si me estafara toda esa cantidad de oro.
CRÍSALO: Pero si está depositado en el propio templo de Diana bajo vigilancia oficial.
NICOBULO: ¡Me has matado! Mucho más seguro estaría aquí, bajo mi vigilancia particular. Pero, ¿no habéis traído a casa nada de ese oro?
CRÍSALO: Claro que si. Pero, cuánto ha traído, no lo sé.
NICOBULO: ¿Cómo? ¿No lo sabes?
CRÍSALO: No, porque Mnesíloco desembarcó de noche y en secreto y fue a entrevistarse con Teotimo, sin querer confiar en mí, ni en ningún miembro de la tripulación. Por eso yo ignoro la pequeña cantidad que trajo. Pero no ha sido mucho.
NICOBULO: ¿Piensas que la mitad?
CRÍSALO: No lo sé, por Pólux. Pero no creo.
NICOBULO: ¿Acaso la tercera parte?
CRÍSALO: No creo, por Hércules. La verdad es que no sé la verdad. Puedes estar seguro de que del oro sólo sé que no sé nada. Ahora tú mismo has de embarcarte rumbo a Efeso para recoger el oro de Teotimo y traerlo a casa. Pero escucha.
NICOBULO: ¿Qué quieres?
CRÍSALO: Procura no olvidarte de llevar el anillo de tu hijo.

NICOBULO: ¿Y qué necesidad hay del anillo?
CRÍSALO: Pues que ésta es la señal convenida con Teotimo, para que devuelva el oro a quien se lo presente.
NICOBULO: No lo olvidaré. Y gracias por recordármelo. Pero, ¿ese Teotimo es rico?
CRÍSALO: ¿Lo preguntas? Un hombre que lleva claveteada de oro la suela de sus zapatos.
NICOBULO: ¿Y a qué se debe esa altivez?
CRÍSALO: ¡Sus riquezas son inmensas! No sabe qué hacer con el oro.
NICOBULO: Pues que me lo dé a mi. Pero, ¿en presencia de quién le fue entregado el oro a Teotimo?
CRÍSALO: En presencia de todo el pueblo. Nadie hay en Éfeso que no esté enterado del asunto.
NICOBULO: Al menos en eso mi hijo obró sabiamente, confiando la custodia del oro a un hombre rico. Así será posible recuperarlo tan pronto como se quiera.
CRÍSALO: Sí, claro, él nunca te hará esperar lo más mínimo, de forma que podrás tener el oro el mismo día de tu llegada.
NICOBULO: (Hablando consigo mismo.) Creía yo que me había despedido de la vida marinera y que por fin no tendría ya que volver a navegar, viejo como soy, a mis años. Pero veo que, lo quiera o no lo quiera, esto es imposible. ¡Y todo se lo debo al bueno de mi huésped Arquitémides! (A CRÍSALO.) Pero, entonces ¿dónde está ahora mi hijo Mnesíloco?
CRÍSALO: Fue al foro a saludar a los dioses y a sus amigos.
NICOBULO: Pues me voy en su busca, porque quiero encontrarlo lo antes posible. (Sale.)
CRÍSALO: (Sólo.) Ese ya ha sido burlado a conciencia, incluso más de la cuenta. No me ha salido mal del todo esta trama que he tejido para proveer de oro al enamorado hijo del amo. Lo hice así para que pueda quedarse con todo el oro que quiera y devuelva a su padre, lo que le apetezca devolver. El viejo partirá para Efeso en busca del oro y nosotros nos daremos aquí la dolce vita..., si es que el viejo nos deja aquí y no nos lleva consigo a Mnesíloco y a mí. ¡El jaleo que voy a armar yo aquí! Pero, ¿qué va a pasar, cuando el viejo se entere de todo esto? Cuando se dé cuenta de que ha corrido hasta allá inútilmente y de que nosotros hemos gastado el oro, entonces ¿qué será de mí? A fe mía, que a su regreso me va a cambiar de nombre y de Crísalo me va a convertir en Crucísalo. Pero huiré, por Hércules, si no me queda más remedio. Y si me coge, al diablo con el viejo. Si él tiene varas en el campo, yo tengo una espalda en casa20. Ahora me voy a informar al hijo del amo de la maquinación que he tramado para conseguir el oro y de que su amiga Báquide ha sido encontrada.

ACTO TERCERO
ESCENA PRIMERA
LIDO

LIDO: (Saliendo precipitadamente de casa de las Báquides.) Abrid, abrid pronto, por favor, esta puerta del Orco21; de verdad que no creo que se pueda llamar de otra manera un lugar adonde sólo acude quien ha perdido toda esperanza de ser una persona honrada. Las Báquides no son las Báquides, sino unas furiosísimas bacantes. ¡Al infierno con esas hermanas que chupan la sangre de los hombres! Toda la casa está magnifica y espléndidamente preparada para la corrupción. En cuanto vi todo esto, sin perder un instante, puse pies en polvorosa. ¿Y que yo voy a cerrar la boca y mantener en

secreto todo esto? ¿Que yo voy a ocultar a tu padre, Pistoclero, tus infamias, tus derroches y tus holgazanerías, con que pretendes cubrirnos a tu padre, a mí y a ti, y a todos tus amigos de oprobio, ruina e infamia y perdernos a todos? ¿Ni por mi ni por ti has sentido vergüenza de todo lo que estás haciendo ahí dentro, de la infame conducta con la que has hecho a tu padre y a mí, a tus amigos y allegados compliceautores de tu deshonra? Ahora mismo, antes de que añadas a las anteriores esta nueva vergüenza, estoy decidido, se lo voy a contar todo a tu padre. Yo me quitaré de encima toda responsabilidad, revelándoselo al viejo, para que te saque rápidamente de ese fangoso lodazal en que estás metido. (Sale.)

ESCENA SEGUNDA
MNESÍLOCO

MNESÍLOCO: (Solo, llegando del foro.) Muchas vueltas le he dado en mi cabeza y he llegado a esta conclusión: salvo los dioses, nada hay mejor que un amigo, pero un amigo de verdad, que sea digno de este nombre. Y esto lo acabo de comprobar por mi propia experiencia. Pues, después de partir para Efeso (de esto hace aproximadamente dos años), envié allí una carta a mi compañero Pistoclero, pidiéndole que me encontrara a mi amiga Báquide. Y veo que la ha encontrado, por lo que me acaba de decir mi esclavo Crísalo. Y el comportamiento de éste último nada tiene que envidiarle. ¡Qué jugada le acaba de hacer a mi padre, con el fin de que yo pudiera disponer en abundancia de oro para mis amores!... A fe mía que no hay ser más despreciable que una persona ingrata. Es preferible dejar escapar a un malhechor que abandonar a un benefactor. Mucho más vale que te llamen pródigo que ingrato. Al primero lo alabarán los buenos, al segundo hasta los malos lo criticarán. Por tanto, con mayor motivo hay que abrir el ojo y estar en guardia. Ahora, Mnesíloco, es el momento de la prueba, la hora de la verdad. Ahora se va a saber si eres o no eres como hay que ser, bueno o malo, a tu elección, justo e injusto, tacaño o generoso, complaciente o intolerante. No vayas a dejar, por favor, que un esclavo te supere en hacer el bien. Sea cual sea su comportamiento, te lo advierto, no lograrás ocultarlo. Pero ahí veo venir al padre y al maestro de mi compañero. (Retirándose hacia un lado de la escena.) Desde aquí escucharé de qué hablan.

ESCENA TERCERA
LIDO, FILÓXENO, MNESÍLOCO

LIDO: Ahora voy a comprobar si eres un hombre de carácter. Sígueme.
FILÓXENO: ¿Adonde he de seguirte? ¿Adonde me llevas?
LIDO: A casa de la que ha perdido, ha arruinado a tu hijo, tu único hijo.
FILÓXENO: ¡Vamos, Lido! Moderar la cólera es cosa de sabios. Menos hay que extrañarse de que a sus años se hagan tales cosas, que de que no se hagan. Yo también las hice en mi juventud.
LIDO: ¡Ay de mil ¡Ay de mí! Fue esa tolerancia tuya la que lo perdió. Porque, si no fuera por ti, yo lo habría dirigido por el camino de la virtud. Ha sido por culpa tuya y del poco temor que le inspiras, por lo que se ha hecho un depravado Pistoclero.
MNESÍLOCO: (Aparte.) ¡Dioses inmortales! Este menciona el nombre de mi compañero ¿Qué pasará para que Lido hable en esos términos de su amo Pistoclero?
FILÓXENO: Por poco tiempo, Lido, arde el hombre en deseos de disfrutar de la vida. Pronto llegará el momento en que se odiará a sí mismo. Sé indulgente. Con tal de evitar que cometa una falta demasiado grave, déjalo en paz.

LIDO: ¡Nada de eso! Ni lo dejo ni, desde luego, voy a dejar, mientras yo viva, que se pervierta. Y tú, que haces de abogado defensor de un hijo tan pervertido, ¿es esta misma educación la que has recibido en tu juventud? Estoy seguro de que hasta cumplir los veinte años no te estuvo permitido separarte un dedo de tu preceptor, cuando salías de casa. Y, si antes de la salida del sol no te presentabas en la palestra, no era pequeño el castigo que te imponía el prefecto del gimnasio. Y aquel, al que le correspondía esta sanción, veía sumarse un nuevo castigo al anterior; tanto el discípulo como el maestro quedaban cubiertos de oprobio. En la palestra los jóvenes se entrenaban en la carrera, en la lucha, con la lanza, con el disco, en la pelea, con la jabalina, en el salto, en vez de hacerlo en besar a una ramera. Era ahí donde transcurrían sus días, no en lugares tenebrosos. Después, cuando volvías a casa del hipódromo o de la palestra, ceñido con tu cinturoncito, te sentabas en la silla al lado de tu maestro y si, leyendo un libro, te equivocabas en una sola sílaba, tu pellejo quedaba tan salpicado de manchas como el mandil de una nodriza.
MNESÍLOCO: (Aparte.) ¡Ay de mí! [Cómo me duele que por mi causa se digan tales cosas de mi compañero; que, pese a ser inocente, por mi culpa, haya de soportar semejantes sospechas!
FILÓXENO: Pero las costumbres han cambiado, Lido.
LIDO: Eso de sobra lo sé. Pues antiguamente los jóvenes resultaban elegidos magistrados, antes de dejar de obedecer las órdenes del maestro. Pero ahora, si se le pone la mano encima a un muchacho, que aún no cumplió los siete años, inmediatamente le rompe la tablilla en la cabeza a su preceptor. Y si éste va a quejarse al padre, esto es lo que le dice al muchacho: «Seguirás siendo digno de la familia, mientras seas capaz de defenderte de las ofensas.» Y se requiere la presencia del preceptor para decirle: «Oye, viejo idiota, no vuelvas a tocarle al muchacho por ese motivo, ya que reaccionó valientemente.» El maestro se retira con la cabeza vendada con un paño untado de aceites como si fuera un farol. Y, dictada la sentencia, se levanta la sesión. ¿Cómo puede en estas condiciones un maestro hacer valer su autoridad, si él es el primero en ser azotado?
MNESÍLOCO: (Aparte.) Muy grave es esta queja. Oyendo sus palabras, no me sorprendería que Pistoclero le hubiera propinado a Lido unos buenos puñetazos.
LIDO: (Observando la presencia de MNESÍLOCO.) Pero, ¿a quién estoy viendo allí delante de la puerta? Oh, Filóxeno, no vería con más alegría a los dioses propicios que a este joven.
FILÓXENO: ¿Y quién es?
LIDO: Mnesíloco, el compañero de tu hijo, un joven completamente distinto de ése que está recostado en el burdel. ¡Dichoso Nicobulo, que ha engendrado a un hijo semejante!
FILÓXENO: (A MNESÍLOCO.) ¡Salud, Mnesiloco! Me alegro de que hayas llegado con salud.
MNESÍLOCO: ¡Los dioses te protejan, Filóxeno!
LIDO: Éste sí que ha sido debidamente educado para bien de su padre. Se hace a la mar, se ocupa del patrimonio familiar, vela por los intereses de la casa. Es sumiso y obediente a los deseos y órdenes de su padre. Es compañero de Pistóclero desde que eran niños. Y, aunque en edad no los separa una diferencia mayor de tres días, en juicio éste tiene treinta años más que el otro.
FILÓXENO: Ten cuidado y guárdate de calumniar a mi hijo.
LIDO: Cállate. Eres un necio por aceptar de tan mal grado que se critique a quien obra mal. Preferiría yo verle administrar mis desdichas que mi peculio.
FILÓXENO: ¿Por qué?
LIDO: Porque, si administrara mis desdichas, las haría disminuir de día en día.

MNESÍLOCO: (A LIDO.) Pero, ¿por qué repruebas así, Lido, a mi compañero y tu discípulo?
LIDO: ¡Tu compañero ha perecido!
MNESÍLOCO: ¡Los dioses no lo permitan!
LIDO: Así es como te digo. Es más, yo mismo lo vi cuando perecía y no lo acuso de oídas.
MNESÍLOCO: ¿Y qué ha sucedido?
LIDO: Algo indigno: se ha enamorado perdidamente de una cortesana.
FILÓXENO: ¿Quieres callarte?
LIDO: De un voraginoso torbellino que todo lo que toca se lo traga.
MNESÍLOCO: ¿Y dónde vive esa mujer?
LIDO: (Señalando la casa de las Báquides.) Aquí.
MNESÍLOCO: ¿Y de dónde dicen que es?
LIDO: De Samos.
MNESÍLOCO: ¿Y cómo se llama?
LIDO: Báquide.
MNESÍLOCO: Te equivocas, Lido. Yo sé cómo es todo este asunto. Tú estás acusando sin razón a Pistoclero, que es inocente. El no hace más que cumplir escrupulosamente los encargos de un buen amigo y compañero suyo. Él no está enamorado. No lo pienses.
LIDO: ¿Es que para cumplir escrupulosamente los encargos de un amigo, ha de estar sentado, teniendo en su regazo a una fulana que lo cubre de besos? ¿Y es que no pueden hacerse los encargos sin tocarle continuamente las tetas y sin separar un ápice los labios de sus labios? Y todo lo demás que le he visto hacer, me da demasiada vergüenza contarlo, como cuando le metía la mano bajo los vestidos hasta el cuerpo a Báquide, ¡en mi presencia y sin sentir pudor alguno! ¿Para qué seguir? Yo he perdido un discípulo, tú un compañero, él un hijo. Pues yo considero perdido al que ha perdido el pudor. ¿Para qué seguir? Si yo hubiera querido esperar sólo unos momentos, para poder observarlo mejor en su faena, hubiera visto más de lo debido, más de lo que hubiera sido conveniente para mí y para él.
MNESÍLOCO: ¡Me has matado, compañero! Pero, ¿que yo no voy a hacérselas pagar con la muerte a esa mujer? Antes preferiría morir yo de mala muerte. ¿Será posible que ya no sepa uno de quién puede fiarse, en quién puede confiar?
LIDO: (A FILÓXENO.) ¿No ves qué afectado está porque el hijo tuyo y compañero suyo se ha pervertido, qué afligido y atormentado está?.
FILÓXENO: Mnesíloco, por favor, te pido que trates de moderar sus pasiones o impulsos. Salva para ti a un compañero y para mí a un hijo.
MNESÍLOCO—Eso es lo que quiero.
FILÓXENO: En ti confío toda esta responsabilidad. Lido, sígueme.
LIDO: Te sigo. Pero, ¿no sería mejor que me dejaras a mí también con él?
FILÓXENO: Basta él solo.
LIDO: Por favor, Mnesíloco, encárgate de darle una buena reprimenda a ese sinvergüenza, que con sus escándalos te deshonra a ti, a mí y a todos sus amigos. (Salen LIDO Y MNESÍLOCO.)

ESCENA CUARTA
MENESÍLOCO

MNESÍLOCO: Cuál de los dos he de creer que es mi mayor enemigo, mi compañero o Báquide, soy incapaz de saberlo. ¿Lo prefirió a él? Pues, ¡que se quede con él! ¡Estupendo! Os juro, por Hércules, que ella ha obrado así para desgracia... mía. Pues,

que nadie crea jamás un sólo juramento mío, si no estoy firme y resueltamente decidido a... amarla. Os aseguro que no podrá decir que he encontrado a uno de quien burlarse. Pues ahora mismo me voy a casa y... le quito algún dinero a mi padre, para dárselo a ella. Yo me vengaré de ella de mil maneras. Le voy a obligar a pedir limosna... a mi padre. Pero, ¿estaré yo en mis cabales o en mi sano juicio para estar parloteando aquí en estos términos de lo que va a suceder. Estoy enamorado, por Hércules, creo yo, si es que puedo tener seguridad de algo. Pero, antes de que se enriquezca una pizca a costa de mi dinero, preferiría convertirme en el mayor mendigo de los mendigos. No, por Pólux, mientras ella esté viva, jamás se reirá de mí. Pues estoy decidido a devolver todo el oro a mi padre. Entonces, cuando yo esté sin blanca y con la bolsa vacía, me vendrá con zalamerías. Pero todo eso me hará el mismo efecto, que si alguien se pone a contar historias a un muerto junto al sepulcro. [Pero antes de que medre o se enriquezca una pizca a costa de mis opulencias, preferiría morir torturado por la miseria.] No hay duda: estoy firmemente decidido a devolver el oro a mi padre. De paso le suplicaré por Crísalo, para que no lo castigue ni se enfade con él por haberle gastado la burla del oro a causa mía. Pues es justo que me preocupe por la suerte de quien ha mentido para beneficiarme. (A los esclavos que los acompañan.) Vosotros, seguidme. (Entran en casa de NICOBULO.)

ESCENA QUINTA
PISTOCLERO

PISTOCLERO: (Saliendo de casa de BÁQUIDE hablando con ella, que queda dentro.) [A todo lo demás antepondré, Báquide, tu encargo: buscaré a Mnesíloco y lo traeré conmigo a casa.] (Para sí.) Pues mucho me extraña, si recibió la noticia, que se retrase tanto. Iré hasta su casa. Tal vez esté en ella.

ESCENA SEXTA
MNESÍLOCO, PISTOCLERO

MNESÍLOCO: (Saliendo de casa de su padre, sin ver a PISTOCLERO.) He devuelto a mi padre todo el oro. Ahora que no tengo blanca, quisiera encontrarme con ésa que me desprecia. Pero, ¡de qué mala gana me concedió mi padre el perdón de Crísalo! Más al fin logré conseguir que no se enfade con él.
PISTOCLERO: (Viendo a MNESÍLOCO.) ¿No es éste mi compañero?
MNESÍLOCO: (Viendo a PISTOCLERO.) ¿No estoy viendo a mi enemigo?
PISTOCLERO: Sí, es él.
MNESÍLOCO: Es él. Iré a su encuentro.
PISTOCLERO: Me acercaré a él. ¡Salud tengas, Mnesíloco!
MNESÍLOCO: ¡Salud!
PISTOCLERO: Para celebrar que has llegado sano y salvo del extranjero, te invitaré a cenar.
MNESÍLOCO: No me agrada una cena que me revolvería la bilis.
PISTOCLERO: ¿Es que has recibido algún disgusto a tu llegada?
MNESÍLOCO: Y grandísimo.
PISTOCLERO: ¿Y quién te lo ha dado?
MNESÍLOCO: Uno al que consideraba amigo mío, hasta ahora.
PISTOCLERO: Son muchos los individuos de esa clase y calaña, a los que crees amigos y luego descubres que son unos falsarios, fecundos en palabras, estériles en obras, de

muy dudosa fidelidad. Envidian los éxitos de todo el mundo, pero se libran muy bien de la envidia ajena, porque son unos indolentes.
MNESÍLOCO: Por Pólux, que conoces a la perfección la forma de ser de esos individuos. Pero te falta por añadir una cosa: acaban recogiendo el fruto de su maldad. No tienen un solo amigo, no tienen más que enemigos. Y estos imbéciles creen engañar a los demás, cuando en realidad se están engañando a sí mismos. Y éste es el caso de esta persona que consideraba tan amiga como lo soy yo de mí mismo. En lo que de él dependió, puso todo su empeño en hacerme el mayor daño posible, en arruinar todas mis alegrías.
PISTOCLERO: Un canalla tiene que ser ese hombre.
MNESÍLOCO: Yo así lo considero.
PISTOCLERO: Pero dime, por favor, ¿de quién se trata?
MNESÍLOCO: Es un amigo tuyo. Porque, de no ser así, te pediría que le hicieras todo el daño posible.
PISTOCLERO: Dime sólo de quién se trata y, si no lo hago, considérame el más ruin de los hombres.
MNESÍLOCO: Es un canalla, pero, por Hércules, es tu amigo.
PISTOCLERO: Razón de más, para que me digas de quién se trata. No quiero yo saber nada de la amistad de un canalla.
MNESÍLOCO: Veo que no me queda más remedio que revelarte su nombre. Eres tú, Pistoclero, que has perdido a tu compañero irremisiblemente.
PISTOCLERO: ¿Qué dices?
MNESÍLOCO: ¿Qué digo? ¿No te envié yo a ti una carta desde Efeso con el encargo de que me encontraras a mi amiga?
PISTOCLERO: Sí, es cierto. Y te la encontré.
MNESÍLOCO: ¿Y qué? ¿No había a tu disposición en Atenas abundancia de otras cortesanas, para solazarte con ellas, sin tener que hacerte el amante de la que yo te había encargado encontrar y hacerme a mí esta faena?
PISTOCLERO: Pero, ¿estás en tus cabales?
MNESÍLOCO: Lo he sabido todo por tu maestro. No lo niegues. Me has arruinado
PISTOCLERO: Pero, ¿sigues hostigándome con tus afrentas gratuitas?
MNESÍLOCO: Dime, ¿eres o no eres el amante de Báquide?
PISTOCLERO: Pero hay dos, sí, dos Báquides ahí dentro.
MNESÍLOCO: ¿Que hay dos?
PISTOCLERO: Sí, y las dos hermanas.
MNESÍLOCO: Ahora te estás burlando de mí adrede.
PISTOCLERO: En fin, si prosigues dudando de mi lealtad, te cogeré yo a cuestas y te llevaré adentro.
MNESÍLOCO: No, iré por mi propio pie. Espera.
PISTOCLERO: No espero. No quiero que sigas sospechando de mí falsamente
MNESÍLOCO: Te sigo. (Entran en casa de las Báquides.)

ACTO CUARTO
ESCENA PRIMERA
UN PARÁSITO, UN ESCLAVO

EL PARÁSITO: Yo soy el parásito de un bellaco y un canalla, del soldado que se trajo consigo a su amiga de Samos. Ahora me ha ordenado que venga a preguntarle si le devuelve el oro o se va con él. Tú, muchacho, que la has acompañado hasta aquí hace un rato, llama a la puerta de su casa. Vamos, de prisa. (EL ESCLAVO golpea con poca

energía la puerta.) ¡Quítate de ahí y vete al infierno! ¡Mira cómo llama el maricón! ¡Un pan de tres pies de ancho seguro que eres capaz de zampártelo, pero a una puerta no sabes llamar! (Golpeando él la puerta con violencia.) ¿No hay nadie en la casa? ¡Eh! ¿No hay nadie? ¿No abre nadie la puerta? ¿No sale nadie?

ESCENA SEGUNDA
PISTOCLERO, EL PARÁSITO

PISTOCLERO: (Saliendo de casa de las Báquides.) ¿Qué es esto? ¿Qué manera de llamar es ésta? ¿Qué pasa? ¿Qué locura te atormenta para descargar de esta manera todas tus fuerzas contra una puerta ajena. Casi la has hecho pedazos. ¿Qué quieres?
EL PARÁSITO: ¡Salud, joven!
PISTOCLERO: ¡Salud! ¿A quién buscas?
EL PARÁSITO: A Báquide.
PISTOCLERO: ¿A cuál de las dos?
EL PARÁSITO: Sólo sé que a Báquide. En dos palabras: me envió el soldado Cleómaco a decirle que o le reembolsa los doscientos filipos de oro o se va hoy con él a Elatea.
PISTOCLERO: No se va; dice que no se irá. Vete y comunícale la respuesta. Está enamorada de otro, no de él. Lárgate de esta casa.
EL PARÁSITO: ¡Qué hombre más irascible!
PISTOCLERO: No sabes tú bien lo irascible que soy. Te juro, por Hércules, que tu cara no se halla muy lejos de sufrir un percance. (Enseñando sus puños.) Estos cascamuelas de mis manos se están poniendo nerviosos.
EL PARÁSITO: (Aparte.) Por lo que puedo deducir de sus palabras, he de tener cuidado de que no me haga saltar los cascanueces de las mandíbulas. (A PISTOCLERO.) Está bien, le llevaré esa respuesta, bajo tu responsabilidad.
PISTOCLERO: ¿Qué dices?
EL PARÁSITO: Que le llevaré esa respuesta.
PISTOCLERO: Dime, ¿y tú quién eres?
EL PARÁSITO: Soy el abrigo de su cuerpo22.
PISTOCLERO: Pues de poca categoría ha de ser ese soldado para tener un abrigo tan andrajoso.
EL PARÁSITO: Vendrá aquí inflado de ira.
PISTOCLERO: ¡Ojalá reviente!
EL PARÁSITO: ¿Quieres algo más?
PISTOCLERO: Que te largues y deprisa.
EL PARÁSITO: ¡Qué te vaya bien, cascamuelas!
PISTOCLERO: Y a ti, abrigo. (Sale EL PARÁSITO.) Las cosas se han puesto de tal manera que no sé qué consejo dar a mi compañero sobre su amiga. En su cólera, devolvió todo el dinero a su padre y no le queda ni un céntimo para reembolsar al soldado. Pero me retiraré hacia este lado, porque ha sonado la puerta. Es Mnesíloco que sale: ¡qué triste está!

ESCENA TERCERA
MNESÍLOCO, PISTOCLERO

MNESÍLOCO: (Sin ver a PISTOCLERO.) Insolente, violento, irascible, indómito, irreflexivo, sin mesura ni moderación, sin buenos principios ni honor, indigno de crédito e incapaz de control, antipático y desagradable, perverso por naturaleza: esto es lo que

soy. En suma, tengo todos los defectos que quiero ver en los demás. ¿Se puede creer esto? No hay nadie más vil que yo ni más indigno del favor de los dioses y de la amistad o trato de cualquier hombre. Merezco mucho más tener enemigos que amigos y deberían ayudarme más los malvados que los buenos. Toda la infamia que merecen los infames, nadie la merece más que yo, que, pese a estar enamorado, he devuelto a mi padre todo el oro que tenía en mi poder. ¿No soy un hombre desgraciado? Me he arruinado y he arruinado el trabajo de Crísalo.
PISTOCLERO: (Aparte.) He de consolarlo. Me acercaré a él. (A MNESÍLOCO.) ¿Qué pasa, Mnesíloco?
MNESÍLOCO: ¡Estoy perdido!
PISTOCLERO: ¡No lo quieran los dioses!
MNESÍLOCO: ¡Estoy perdido!
PISTOCLERO: ¿Quieres callarte, tonto?
MNESÍLOCO: ¿Que me calle?
PISTOCLERO: Tú no estás del todo cuerdo.
MNESÍLOCO: ¡Estoy perdido! Mil crueles y amargos remordimientos me corroen el alma. ¡Decir que he prestado crédito a una calumnia! Sin razón alguna me enfurecí contra ti.
PISTOCLERO: Anda, cálmate.
MNESÍLOCO: ¿Y cómo puedo calmarme? Valgo menos que un muerto.
PISTOCLERO: Hace un momento que ha venido el parásito del soldado, pero yo con mis improperios he conseguido rechazarlo y alejarlo de la puerta y de la muchacha.
MNESÍLOCO: ¿Y de qué me sirve eso? ¿Qué puedo hacer? Para mi desgracia no tengo un céntimo. No hay duda de que se la llevará. Estoy seguro.
PISTOCLERO: Si yo tuviera dinero, no te lo prometería.
MNESÍLOCO: Sé que me lo darías; te conozco bien. Pero, si no estuvieras enamorado, no tendría tanta confianza en ti. Mas ahora tienes tú bastantes problemas con los tuyos. ¿Podría yo esperar el amparo de un desamparado como tú?
PISTOCLERO: Cállate. Algún dios se acordará de nosotros.
MNESÍLOCO: ¡Tonterías! (Hace ademán de marcharse.)
PISTOCLERO: Espera.
MNESÍLOCO: ¿Qué pasa?
PISTOCLERO: Ahí estoy viendo a Crísalo, tu cuerno de la abundancia.

ESCENA CUARTA
CRÍSALO, MNESÍLOCO, PISTOCLERO

CRÍSALO: (Sin ver a los dos amigos.) He aquí un hombre que (vale su peso en oro, un hombre al que se debe levantar una estatua de oro. Pues hoy he realizado una doble proeza, he conseguido un doble botín. ¡Qué maravillosamente me he burlado del viejo, cómo lo he engañado! Al astuto viejo, con astutos ardides, lo induje y reduje a creérmelo todo. Y además, a mi amo enamorado, el hijo del viejo, con el que bebo, con el que como y hago el amor, le he conseguido una regia fortuna de oro23, y en su propia casa, sin que tuviera que salir a buscarla fuera. Me río yo de esos Parmenones y Siros24, que sólo sustraen dos o tres minas a sus amos. No hay nada más vil que un esclavo falto de recursos, que no tenga un espíritu fecundo en ardides, al que poder recurrir siempre que se necesite. Nadie puede ser hombre de valía, si no sabe hacer el bien y el mal: ser malvado con los malvados, ladrón con los ladrones y rapiñar todo lo que puede. Ha de saber metamorfosearse, si es listo, un hombre de valía. Ha de ser bueno con los buenos, y malo con los malos, capaz de adaptarse siempre a las circunstancias. Pero me gustaría

saber cuánto oro se reservó mi amo para sí y cuánto le devolvió a su padre. Si es un hombre cabal, habrá hecho de su padre un Hércules: le habrá dado la décima parte y se habrá quedado con las otras nueve25. (Viendo a MNESÍLOCO Y PISTOCLERO.) Pero, he ahí a mi hombre, con el que me tropiezo en el momento más oportuno. ¿Es que se te ha caído alguna moneda, amo, para mirar tan fijamente al suelo? ¿Por qué os veo tan tristes y abatidos? No me gusta; algo pasa. ¿Por qué no me contestáis?
MNESÍLOCO: ¡Crísalo, estoy perdido! –
CRÍSALO: ¿Quizá te has quedado con poco oro?
.MNESÍLOCO: ¡Diablos! ¿Cómo que poco? Di más bien muchísimo menos que poco.
CRÍSALO: ¿Y por qué, estúpido, una vez que tuviste la ocasión, conseguida con mi esfuerzo, de coger cuanto quisieras, sólo cogiste un poquito con la puntita de dos dedos? ¿O es que ignorabas que estas ocasiones sólo se presentan muy de tarde en tarde?
MNESÍLOCO: Te equivocas.
CRÍSALO: Tú si que te equivocaste, al no haber hundido bien las manos en el oro.
MNESÍLOCO: Más me censurarías, por Pólux, si conocieras mejor lo sucedido. ¡Estoy perdido!
CRÍSALO: Esas palabras me presagian una desgracia mayor.
MNESÍLOCO: ¡Estoy muerto!
CRÍSALO: ¿Y eso por qué?
MNESÍLOCO: Porque le he devuelto todo a mi padre, hasta el último céntimo.
CRÍSALO: ¿Se lo has devuelto?
MNESÍLOCO: Absolutamente todo.
CRÍSALO: ¡Estamos perdidos! ¿Y cómo se te ocurrió hacer semejante locura?
MNESÍLOCO: Por una calumnia sospechaba, Crísalo, que Báquide y Pistoclero me habían traicionado. Por eso, en un arrebato de ira, le devolví todo el oro a mi padre.
CRÍSALO: ¿Y, al devolverle el oro, qué le dijiste a tu padre?
MNESÍLOCO: Que me lo había entregado, nada más pedírselo, su huésped Arquitémides.
CRÍSALO: ¡Toma! Con esas palabras tuyas has condenado a la cruz a Crúsalo26. Pues, en cuanto me vea, me arrastrará al acto el viejo hasta el verdugo.
MNESÍLOCO: Yo he conseguido de mi padre...
CRÍSALO: Sí, que haga lo que estoy diciendo, ¿verdad?
MNESÍLOCO: Al contrario, que no te castigue ni se enfurezca contigo por este motivo. Pero trabajo me costó conseguirlo. Ahora tienes que encargarte de una cosa, Crísalo.
CRÍSALO: ¿De qué quieres que me encargue?
MNESÍLOCO.-—De intentar un nuevo ataque contra el viejo. Trama, maquina, inventa lo que quieras, para engañar al astuto viejo con tus astucias y quitarle el oro.
CRÍSALO: Eso parece casi imposible.
MNESÍLOCO: Inténtalo y lo lograrás fácilmente.
CRÍSALO: ¡Diablos! ¿Cómo que fácilmente, si me acaba de coger en flagrante delito de mentira? Aunque le pidiera que no me creyera nada, ni siquiera eso se atrevería a creerme.
MNESÍLOCO: Pues si supieras todo lo que dijo de ti en mi presencia.
CRÍSALO: ¿Qué dijo?
MNESÍLOCO: Que, si tú le dijeras que el sol es el sol, creería que es la luna y creería que es de noche, cuando en realidad es de día.
CRÍSALO: Por Hércules, que le voy a sonar hoy los mocos27 a este viejo a conciencia, para que se arrepienta de haber dicho eso.
MNESÍLOCO: ¿Y nosotros qué quieres que hagamos?

CRÍSALO: Lo único que os ordeno es hacer el amor. En cuanto a lo demás, pedidme todo el oro que os apetezca: yo os lo conseguiré. ¿De qué me sirve llamarme Crísalo, si no lo demuestro con hechos? Pero, ¿qué cantidad de oro necesitas, Mnesíloco? Dime.
MNESÍLOCO: Me hacen falta ya doscientas monedas, para entregárselas al soldado por la libertad de Báquide.
CRÍSALO: Te las conseguiré.
MNESÍLOCO: Y además nos hacen falta para gastos...
CRÍSALO: ¡Ah! ¡Con calma con calma! Vayamos por parte, primero una cosa y después otra. Cuando haya resuelto el primer problema, resolveré el segundo. Primero dirigiré mi catapulta contra el viejo para conseguir las doscientas monedas. Si con esta catapulta derribo la torre y los baluartes, al punto entro directamente por la puerta en la vieja y vetusta fortaleza. Y si la conquisto, podéis llevar a vuestras amigas oro a espuertas. Al menos esas son mis esperanzas.
PISTOCLERO: Las nuestras las depositamos en ti, Crísalo
CRÍSALO: Ahora tú, Pistoclero, entra en casa de Báquide y trae de prisa...
PISTOCLERO: ¿Qué?
CRÍSALO: Un punzón, cera, unas tablillas e hilo.
PISTOCLERO: En un momento tendrás todo eso aquí. (Entra en casa de BÁQUIDE.)
MNESÍLOCO: (A CRÍSALO.) ¿Y ahora qué piensas hacer? Dímelo.
CRÍSALO: ¿Está preparada la comida? ¿Estaréis vosotros dos y con tu amiga seréis tres?
MNESÍLOCO: Exactamente.
CRÍSALO: ¿Y Pistoclero no tiene ninguna amiga?
MNESÍLOCO: Claro que sí y también está dentro. Hay dos Báquides: él está enamorado de una y yo de la otra; son hermanas.
CRÍSALO: ¿Qué estás diciendo?
MNESÍLOCO: Eso, los que estaremos.
CRÍSALO: ¿Y dónde tenéis colocado el biclinio?28.
MNESÍLOCO: ¿Por qué lo preguntas?
CRÍSALO: Porque sí. Quiero saberlo. Tú ignoras lo que voy a hacer y el gran golpe que planeo.
MNESÍLOCO: Dame la mano y acércate conmigo a la puerta. (Entreabriendo la puerta de las Báquides.) Mira dentro.
CRÍSALO.-—¡Bravo! Un lugar hermosísimo y exactamente tal y como yo lo deseaba.
PISTOCLERO: (Volviendo de la casa de las Báquides.) Aquí tienes lo que ordenaste. Las órdenes bien dadas a los buenos soldados son ejecutadas al punto.
CRÍSALO: ¿Qué has traído?
PISTOCLERO: Todo lo que me mandaste.
CRÍSALO: (A MNESÍLOCO.) Tú coge rápidamente el punzón y estas tablillas.
MNESÍLOCO: ¿Y qué hago?
CRÍSALO: Escribe en ellas lo que yo te diga. Pues quiero que seas tú el que escribas, para que tu padre, al leer la carta, reconozca tu letra. Escribe.
MNESÍLOCO: ¿Qué he de escribir?
CRÍSALO: Desea tú salud a tu padre.
PISTOCLERO: ¿Y no sería mejor que le deseara una enfermedad o la muerte? Sería preferible.
CRÍSALO: No interrumpas.
MNESÍLOCO: Lo que ordenaste, ya está en la cera.
CRÍSALO: Dime en qué términos.
MNESÍLOCO: «Mnesíloco desea a su padre salud.»

CRÍSALO: Añade esto, de prisa: «Crísalo no me deja, en paz ni a sol ni a sombra reprochándome constantemente, padre, que te haya devuelto el oro y que no te haya estafado.»
PISTOCLERO: (A CRÍSALO.) Espera a que acabe de escribir.
MNESÍLOCO: (A CRÍSALO.) Dicta. Esto ya está escrito.
CRÍSALO: «Así que, padre mío, en consecuencia, tú ten cuidado con él. Está tramando una intriga para quitarte el oro y asegura que te lo quitará.» Continúa escribiendo y con buena letra.
MNESÍLOCO: Tú dicta.
CRÍSALO: «Y promete, padre, que me dará a mí el oro, para que me lo gaste en rameras, en comilonas y en llevar una vida a la griega en lugares de mala nota. Tú, padre, procura que no te engañe. Por favor, ten cuidado.»
MNESÍLOCO: Sigue dictando.
CRÍSALO: Añade también...
MNESÍLOCO: Limítate a decirme lo que tengo que escribir.
CRÍSALO: «Pero, padre, te pido que no te olvides de la promesa que me has hecho. No lo hagas azotar, pero tenlo atado en casa, cerca de ti, sin perderlo de vista.» (A PISTOCLERO.) Dame tú la cera y el hilo. Rápido. (A MNESÍLOCO.) Vamos, ata y sella las tablillas, de prisa.
MNESÍLOCO: Pero, por todos los dioses, ¿qué utilidad tiene esa carta redactada de esa manera? ¿Por qué quieres que no te crea nada y que te tenga encadenado en casa sin perderte de vista.
CRÍSALO: Porque me da la gana. ¿Quieres encargarte de ti y dejar de preocuparte por mí? Confiando en mi valor he acometido esta empresa y arriesgando mi pellejo llevo adelante la operación.
MNESÍLOCO: Tienes razón.
CRÍSALO: Dame las tablillas.
MNESÍLOCO: Tómalas.
CRÍSALO: Atended. Mnesíloco y tú, Pistoclero, quiero que ahora mismo vayáis a instalaros en el biclinio, cada uno con su amiga —es necesario así— y que, sin cambiar los lechos de sitio, os pongáis a beber, rápidamente.
PISTOCLERO: ¿Algo más?
CRÍSALO: Si, todavía una advertencia: una vez que os hayáis instalado en los lechos, no os mováis de ahí hasta que yo os dé la señal.
PISTOCLERO: ¡Qué magnífico general!
CRÍSALO: Ya teníais que haber bebido dos rondas.
MNESÍLOCO: (A PISTOCLERO.) ¡Huyamos!
CRÍSALO: Vosotros atended a vuestras obligaciones que yo cumpliré las mías.
(MNESÍLOCO Y PISTOCLERO entran en casa de las Báquides.)

ESCENA QUINTA
CRÍSALO

CRÍSALO: (Solo.) Insensatamente arriesgada es la empresa que acabo de acometer y me temo que no voy a poder llevarla a feliz término. Pero ahora necesito que el viejo se ponga hecho una fiera y una furia conmigo. Pues sería contraproducente para mi intriga que, al verme, se quedara tan tranquilo? Por mi vida, que le voy a dar vueltas y más vueltas en la sartén, hasta dejarlo tan frito como un garbanzo frito. Ahora me pondré a pasear por delante de la puerta para, en cuanto salga, entregarle las tablillas en la mano.

ESCENA SEXTA
NICOBULO, CRÍSALO

NICOBULO: (Saliendo de casa, sin ver a CRÍSALO.) ¡Qué rabia tan grande tengo de que Crísalo se me haya escapado de las manos!
CRÍSALO: ¡Estoy salvado! ¡El viejo está furioso! Ahora es el momento de dirigirme a él.
NICOBULO: ¿Quién habla por aquí? Pero ¡si es Crísalo en persona, me parece!
CRÍSALO: Me acercaré.
NICOBULO: ¡Salud, buen esclavo! ¿Qué tal? ¿Cuándo parto para Éfeso, para reclamar el oro a Teotimo y traerlo a casa? ¿No dices nada? Te juro por los dioses que, si no quisiera tanto a mi hijo y no deseara complacerlo en todo, te rompería las costillas a estacazos y pasarías el resto de tus días en el molino, cargado de cadenas. Estoy enterado por Mnesíloco de todas tus fechorías.
CRÍSALO: ¿Me ha acusado él? ¡Estupendo! Yo soy un malvado, soy un maldito, un criminal. Tú observa sólo los hechos, que yo no diré ni una sola palabra.
NICOBULO: ¿Te atreves a amenazarme, verdugo?
CRÍSALO: Vas a saber tú enseguida quién es tu hijo. Ahora me ordenó que te trajera estas tablillas, con el ruego de que hicieras lo que está escrito en ellas.
NICOBULO: Dámelas.
CRÍSALO: Fíjate en el sello. ¿Lo reconoces?
NICOBULO: -Si, lo reconozco. ¿Y él donde está?
CRÍSALO: No lo sé. Yo ya no tengo que saber nada. Lo he olvidado todo. Sólo sé que soy un esclavo. Pero incluso lo que se no lo sé. (Aparte, mientras NICOBULO se dispone a iniciar la lectura de la carta.) Este tordo ya se acerca al lazo para comer la lombriz. Pronto quedará atrapado. Mi cuerda está bien tendida.
NICOBULO: Espera un momentito, que ahora mismo vuelvo, Crísalo. (Entra en casa.)
CRÍSALO: (Sólo.) ¡Cómo me engaña! No tengo ni idea de lo que pretende... Ha entrado a buscar esclavos para que me aten. La nave está bien pilotada, mi barco va directo al abordaje. Pero cerraré el pico, pues oigo abrir la puerta.

ESCENA SÉPTIMA
NICOBULO, CRÍSALO, ARTAMÓN

NICOBULO: (Saliendo de casa, acompañado de ARTAMÓN y otros esclavos.) Tú, Artamón, átale inmediatamente las manos.
CRÍSALO: ¿Y qué he hecho?
NICOBULO: (A ARTAMÓN.) Dale un buen puñetazo, si abre la boca. (A CRÍSALO) ¿Qué dice esta carta?
CRÍSALO: ¿Y a mí qué me preguntas? Te la he entregado sellada, tal y como la recibí de tu hijo.
NICOBULO: Oye, ¿es verdad que no has dejado de reprochar a mi hijo que me haya devuelto el oro y le has dicho que, a pesar de todo, me lo ibas a quitar con tus intrigas?
CRÍSALO: ¿Yo dije tal cosa?
NICOBULO: Sí.
CRÍSALO: ¿Y quién es el que dice que lo dije?
NICOBULO: Cállate. No lo dice nadie. Son estas tablillas, que tú has traído, las que te acusan. Mira, son ellas las que ordenan atarte.
CRÍSALO: ¡Ay! Tu hijo hizo de mí un Belerofontes29. Yo mismo he traído las tablillas con la orden de atarme. Está bien, está bien.

NICOBULO: Esto te enseñará aconsejar a mi hijo que lleve una vida a la griega en tu compañía, so brujo.
CRÍSALO: ¡Ay, necio, necio! Ignoras que estás en venta. Y, sin embargo, ya estás subido a la piedra, como grita el pregonero30.
NICOBULO: Contesta: ¿y quién me vende?
CRÍSALO: Aquel al que los dioses aman, muere joven mientras tiene salud, y está en su juicio y en sus cinco sentidos. A este viejo, si algún dios lo amara, ya hace más de diez años, hace incluso más de veinte que debía haber muerto. Pero anda por el mundo aborrecido por todos, no está en su juicio ni en sus cinco sentidos. Vale tanto como un hongo podrido.
NICOBULO: ¿Conque afirmas que todo el mundo me aborrece? (A LOS ESCLAVOS.) Lleváoslo adentro y atadlo a una columna fuertemente. (A CRÍSALO.) Jamás conseguirás quitarme el oro.
CRÍSALO: Ya me lo darás tú.
NICOBULO: ¿Que yo te lo daré?
CRÍSALO: Y vendrás a pedirme que te lo quite, cuando sepas en qué grave y pernicioso peligro se halla ese acusador mío. Entonces concederás generosamente la libertad a Crísalo. Pero yo jamás la aceptaré.
NICOBULO: Di, príncipe de los bandidos, di, ¿en qué peligro se encuentra mi hijo Mnesíloco?
CRÍSALO: Sígueme por aquí y ahora mismo lo sabrás.
NICOBULO: ¿Adonde diablos?
CRÍSALO: Sólo a tres pasos de aquí.
NICOBULO: Como si es a veinte. (Se acerca a la puerta de las Báquides.)
CRÍSALO: Vamos, tú, Artamón, entreabre un poquitito esta puerta; con cuidado, para que no suene. ¡Basta! (A NICOBULO.) Acércate tú aquí. ¿Ves el convite?
NICOBULO: Veo de frente a Pistoclero y a Báquide.
CRÍSALO: ¿Y quiénes están en el otro lecho?
NICOBULO: ¡Pobre de mí, estoy perdido!
CRÍSALO: A él, ¿lo reconoces?
NICOBULO: Claro que si.
CRÍSALO: Y dime, por favor, ¿te parece hermosa la joven?
NICOBULO: Muchísimo.
CRÍSALO: ¿Y crees que es una cortesana?
NICOBULO: ¿Por qué no?
CRÍSALO: Te equivocas.
NICOBULO: Por el amor de Dios, y entonces ¿quién es?
CRÍSALO: Lo averiguarás. Pero por mí, desde luego, no sabrás nada.

ESCENA OCTAVA
CLEÓMACO, NICOBULO, CRÍSALO

CLEÓMACO: (Llegando furioso, sin ver a los otros personajes.) ¿Que Mnesiloco, el hijo de Nicobulo, va a retener aquí a la fuerza, a la mujer que me pertenece?
CLEÓMACO: (A CRÍSALO.) ¿Quién es ése?
CRÍSALO (Aparte.) No puede llegar más a punto este soldado para mis planes.
CLEÓMACO: No me considera un soldado, sino una mujer, incapaz de defenderme a mí y a los míos. ¡Que ni Belona31 ni Marte confíen jamás en mí, si no lo desalmo, cuando lo encuentre, o no lo desheredo de su vida!

NICOBULO: Crísalo, ¿quién es ése que amenaza a mi! hijo?
CRÍSALO: Es el marido de la mujer con la que está en el lecho.
NICOBULO: ¿Cómo? ¿El marido?
CRÍSALO: Sí, el marido.
NICOBULO: ¡Oh, cielos! Pero, ¿es que está casada?
CRÍSALO: No tardarás mucho en saberlo.
NICOBULO: ¡Pobre de mí, estoy completamente perdido!
CRÍSALO: ¿Y qué? ¿Te parece ahora Crísalo un malvado? Anda, átame, haz caso a tu hijo. ¿No te dije yo que ibas a descubrir quién era?
NICOBULO: ¿Y ahora qué puedo hacer?
CRÍSALO: Ordena, por favor, que me desaten, de prisa. Porque, si no me desatan, va a coger a tu hijo in fraganti.
CLEÓMACO: Nada me complacería tanto como sorprenderlo en el lecho con ella para poder matarlos a los dos.
CRÍSALO: (A NICOBULO.) ¿No oyes lo que dice? ¿Por qué no mandas desatarme?
NICOBULO: (A los esclavos.) Desatadlo. ¡Pobre de mí, estoy muerto de miedo!
CLEÓMACO: Y esa prostituta, que entrega su cuerpo a cualquiera, por mi vida que no podrá decir que ha encontrado a uno de quien burlarse.
CRÍSALO: (A NICOBULO.) Puedes llegar a un acuerdo con él por un poquito de dinero.
NICOBULO: Llega tú con él, te lo suplico, al acuerdo que te parezca, con tal que no coja a mi hijo in fraganti -y no lo mate.
CLEÓMACO: Si no se me devuelven ahora mismo los doscientos filipos de oro, les chuparé yo el alma a los dos, al instante.
NICOBULO: (A CRÍSALO.) Anda, llega a un acuerdo con él por esa cantidad, si es posible. Venga, por favor. Llega al acuerdo que quieras.
CRÍSALO: Allá voy y actuaré concienzudamente. (Al soldado.) ¿Por qué gritas?
CLEÓMACO: ¿Dónde está tu amo?
CRÍSALO: En ninguna parte. No lo sé. (Aparte, al soldado, evitando que lo oiga NICOBULO.) ¿Estás de acuerdo en que se te prometan ahora mismo doscientas monedas, para que dejes de dar aquí gritos y armar escándalo...?
CLEÓMACO: Completamente de acuerdo.
CRÍSALO: ¿... y pueda yo lanzar contra ti una sarta de improperios?.
CLEÓMACO: A tu gusto.
NICOBULO: (Aparte.) [Cómo lo engatusa el muy bribón!
CRÍSALO: (Al soldado.) Éste es el padre de Mnesiloco. Sígueme. Él te hará la promesa. Tú pídele el oro. Pero basta ya de palabras.
NICOBULO: ¿Qué pasa?
CRÍSALO: Llegué a un acuerdo por doscientos filipos.
NICOBULO: ¡Oh, salvación mía, me has salvado! ¿Cuando puedo decir ya «los daré»?
CRÍSALO: (Al soldado.) Pregúntale tú a él. (A NICOBULO.) Y tú hazle la promesa a él.
NICOBULO: (Al soldado.) Hago la promesa; pregunta.
CLEÓMACO: ¿Me darás doscientos filipos de oro en moneda de ley?
CRÍSALO: Di, «se te darán»; responde.
NICOBULO: Te los daré.
CRÍSALO: (Al soldado.) ¿Y ahora qué, asqueroso? ¿Se te debe algo? ¿Por qué importunas a mi amo? ¿Por qué lo intimidas con amenazas de muerte? Tanto yo como él deseamos que revientes. Si tú tienes una espada, nosotros tenemos en casa un pincho de asar, con el que, si me encolerizas, te dejaré más acribillado que el vientre de un

ratón. Ya hace tiempo que me doy cuenta de la sospecha que te preocupa: tú crees que mi amo está con ella.
CLEÓMACO: Lo creo y lo está.
CRÍSALO: Te juro por Júpiter, Juno, Ceres, Minerva, Latona, la Esperanza, la Abundancia, la Virtud, Venus, Castor, Pólux, Marte, Mercurio, Hércules, Sumano32, el Sol, Saturno y todos los dioses que no está con ella ni en el lecho ni de paseo ni besándola ni... eso que tú sabes.
NICOBULO: (Aparte.) ¡Cómo jura! Pero me salva con sus perjurios.
CLEÓMACO: Y entonces, ¿dónde está Mnesiloco?
CRÍSALO: Su padre lo envió al campo. En cuanto a ella, se fue a la Acrópolis, a visitar el templo de Minerva, que está abierto. Anda, ve a ver si está allí.
CLEÓMACO: Bueno, me voy al foro.
CRÍSALO: O al infierno, si quieres, por Hércules.
CLEÓMACO: ¿Y podré venir a cobrar hoy el oro?
CRÍSALO: Sí, ven a cobrarlo y ve a colgarte. No creas que vamos a arrodillarnos ante ti, mequetrefe. (Sale el soldado.) Por fin se marchó. Ahora, te lo suplico, por los dioses mortales, déjame entrar en esa casa a ver a tu hijo.
NICOBULO: ¿Y para qué quieres entrar?
CRÍSALO: Para colmarlo de reproches por comportarse como se comporta.
NICOBULO: Sí, te ruego que lo hagas, Crísalo, y, te lo suplico, no escatimes reproches.
CRÍSALO: ¿Crees que hace falta que me lo digas? ¿Te basta con que oiga de mi boca más denuestos que los que oyó Clinias de boca de Demetrio?. (Entra en casa de las BAQUIDES.)
NICOBULO: (Solo.) Este esclavo es igualito a un ojo legañoso. Si no lo tienes, no deseas tenerlo ni lo echas de menos. Si lo tienes, no puedes dejar de tocarlo33. Pues si, por suerte y fortuna, Crisalo no hubiese estado hoy aquí, el soldado hubiera sorprendido a Mnesiloco con su mujer en flagrante delito de adulterio y lo hubiera degollado. Ahora es como si yo hubiera comprado a mi hijo por los doscientos filipos, que he prometido dar al soldado. Pero no se los daré así como así, sin haber visto antes a mi hijo. Por Pólux, que jamás me fiaré así como así de Crísalo. Pero quiero releer atentamente la carta, porque de una carta sellada sí hay que fiarse. (Entra en casa.)

ESCENA NOVENA
CRÍSALO

CRÍSALO: Los dos hermanos Atridas tienen fama de haber realizado la mayor de las hazañas, porque con armas, con caballos, con un ejército de eximios guerreros, con un millar de naves y al cabo de diez años lograron subyugar la patria de Príamo, Pérgamo, fortificada por divina mano34. Mas todo ello sólo fue una niñería, en comparación con el asalto que voy a lanzar yo contra mi amo, sin escuadra, sin ejército ni tan gran número de soldados. [He cogido, he conquistado al asalto el oro a su padre para mi joven amo enamorado.] Ahora, antes de que venga por aquí el viejo, me apetece entonar un canto fúnebre, mientras espero a que salga. ¡Oh Troya! ¡Oh patria! ¡Oh Pérgamo! ¡Oh Príamo! Has perecido, viejo. Para tu desdicha y desgracia vas a ser despojado de cuatrocientos filipos de oro. Pues estas tablillas que llevo, selladas y lacradas, no son unas tablillas, sino el caballo de madera enviado por los aqueos. Pistoclero es Epeo35. De él las he recibido. Mnesíloco es Sinón36, adrede abandonado. (Señalando la casa de las Báquides.) Ahí lo tenéis, pero no tendido sobre el sepulcro de Aquiles, sino en un lecho. A su lado tiene a Báquide. Si el verdadero Sinón encendió entonces un fuego para dar la señal, éste es él mismo abrasado por el fuego. Yo soy Ulises, bajo cuyo

designio se llevan a cabo estas operaciones. Y las letras que están escritas en estas tablillas, son los soldados encerrados en el caballo, cargados de armas y de valor. Hasta ahora todo mi plan ha sido un éxito. Pero este caballo no va a atacar una plaza fuerte, sino una caja fuerte. La muerte, la destrucción, la ruina significará este caballo para el oro del viejo. A este estúpido viejo nuestro le pongo yo, sin dudarlo, el nombre de Ilio. El soldado es Menelao, yo Agamenón y también Ulises Laercio. Mnesíloco es Alejandro37, que provocará la ruina de su patria. Él fue quien raptó a Helena, por quien yo; ahora pongo sitio a Ilio, He oído decir que también Ulises fue, como yo, osado y malo. Yo he sido sorprendido en pleno engaño y a él poco le faltó para morir cuando, disfrazado de mendigo, fue descubierto, mientras trataba de averiguar los destinos de los ilios38. Exactamente la misma suerte me tocó hoy a mí. He sido encadenado, pero logré soltarme gracias a mis engaños. También él salvó la vida gracias a los suyos. He oído decir que fueron tres los signos fatídicos que marcarían la destrucción de Ilio: en primer lugar, si era robada la estatua de Palas de la ciudadela; el segundo era la muerte de Troilo; el tercero sería, cuando se partiera el dintel de la puerta Frigia. Y otros tres signos fatídicos, similares a los tres anteriores, marcan la ruina de nuestro Ilio. Pues, en primer lugar, cuando hace un rato le mentí a nuestro viejo acerca del huésped, del oro y del barco pirata, entonces robé la estatua de Palas de la ciudadela. Todavía quedaban dos signos y aún no había conquistado la fortaleza. Después, cuando le llevé las tablillas al viejo, entonces maté a Troilo, al creer el viejo que Mnesíloco estaba con la mujer del soldado. Pero a duras penas logré salir del aprieto. Este peligro mío lo comparo yo al que corrió Ulises cuando, como cuentan, fue reconocido por Helena y denunciado a Hécuba. Pero, de la misma manera que él consiguió librarse del apuro con halagos, convenciéndola de que lo dejara marchar, también yo con mis engaños supe salir de aquel peligro, burlando al viejo. Después entré en lucha con ese fanfarrón de soldado, que de palabra conquista las ciudades, sin necesidad de armas, y lo rechacé. A continuación trabé combate con el viejo, al que con una sola mentira derroté y con un solo golpe me hice en el acto con sus despojos. El, por de pronto, ya ha prometido dar doscientos filipos al soldado y los dará. Pero todavía se precisan otros doscientos para repartir entre las tropas tras la toma de Ilio, a fin de que no falte vino mielado con que los soldados celebren el triunfo. Pero este Príamo supera con mucho al verdadero: no tiene cincuenta hijos, sino cuatrocientos y, desde luego, todos escogidos, sin tara ni defecto alguno. A todos ellos voy a degollarlos yo sólo de dos golpes. Y si hay algún comprador para nuestro Príamo, yo incluiré gratuitamente en el lote a este viejo, que tengo puesto en venta, tan pronto como tome la ciudad. Pero ahí veo a Príamo de pie ante la puerta. Me acercaré y le hablaré.

ESCENA DÉCIMA
NICOBULO, CRÍSALO

NICOBULO: ¿De quién es la voz que suena cerca de mi?
CRÍSALO.-—¡Oh, Nicobulo!
NICOBULO: ¿Qué pasa? ¿Qué hay del encargo que te di? ¿Has hecho algo?
CRÍSALO: ¿Me lo preguntas? Acércate.
NICOBULO: Me acerco.
CRÍSALO: Soy un excelente sermoneador. Le hice saltar las lágrimas a tu hijo a fuerza de reproches e improperios, todos los que puede encontrar.
NICOBULO: ¿Y qué dijo?
CRÍSALO: Ni una palabra. Con lágrimas en los ojos y sin abrir la boca, escuchaba lo que yo decía. Sin abrir la boca escribió estas tablillas y, después de sellarlas, me las

entregó. Me ordenó dártelas a ti. Pero me temo que contengan la misma canción que las anteriores. ¿Reconoces el sello? ¿Es el de tu hijo?
NICOBULO: Sí, lo reconozco. Y estoy deseando leer la carta.
CRÍSALO: Léela. (Aparte.) Ya se parte el dintel, ya se acerca la ruina de Ilio. El caballo de madera va a armar un bonito zafarrancho. (Hace ademán de marcharse.)
NICOBULO: Crísalo, quédate mientras leo la carta.
CRÍSALO: ¿Y qué falta hace que me quede?
NICOBULO: Quiero que hagas lo que te ordeno, para que sepas lo que aquí está escrito.
CRÍSALO: No me interesa y no quiero saberlo.
NICOBULO: De todas formas, quédate.
CRÍSALO: ¿Qué falta hace?
NICOBULO: Cállate. Haz lo que te ordeno.
CRÍSALO: Me quedaré.
NICOBULO: (Al abrir la carta, con ironía.) ¡Bravo! ¡Vaya letra más pequeña!
CRÍSALO: Pequeña para quien tenga poca vista, pero para quien tenga buena vista, es bien grande.
NICOBULO: Atiende, pues.
CRÍSALO: No quiero, te digo.
NICOBULO: Pero yo si quiero, te repito.
CRÍSALO: Pero, ¿qué falta hace?
NICOBULO: Vamos, haz lo que te mando.
CRÍSALO: Sí, es justo que tu esclavo se someta a tu voluntad.
NICOBULO: Presta atención, por favor, de una vez.
CRÍSALO: Lee cuando quieras. Pongo mis oídos a tu servicio.
NICOBULO: Desde luego que no escatimó cera ni punzón. Pero, sea como sea, estoy decidido a leer la carta del principio al fin. (Leyendo.) «Padre, por favor, dale a Crísalo doscientos filipos, si quieres salvarme y conservarme vivo.» ¡Mal rayo lo parta.
CRÍSALO: A ti... te quiero hacer una pregunta.
NICOBULO: ¿Qué?
CRÍSALO: ¿Y no te ha deseado primero salud?
NICOBULO: No la veo por ninguna parte.
CRÍSALO: No le darás ni un céntimo, si eres listo. Pero, en el caso de que se lo des, él, si es listo, se buscará otro recadero. Pues yo no estoy dispuesto a llevarle el dinero, por mucho que me lo ordenes. Bastantes sospechas recaen ya sobre mí, aun cuando soy inocente.
NICOBULO: Escucha, hasta que acabe de leer lo que está escrito.
CRÍSALO: Es una carta desvergonzada ya desde el comienzo.
NICOBULO: «Me da vergüenza, padre, presentarme ante ti. Ya sé que estás enterado de la tremenda infamia que he cometido, acostándome con la esposa de un soldado extranjero. Por Pólux, que no es para bromas. Porque me ha costado doscientos filipos de oro rescatar tu vida de la infamia que cometiste.
CRÍSALO: De todo eso no hay nada que yo no le haya dicho.
NICOBULO: «Reconozco que he sido un insensato. Pero, te lo ruego, padre, si en un momento de insensatez he cometido una falta, no me abandones. Fui víctima de un espíritu apasionado y de unos ojos desbocados. Me vi arrastrado a hacer algo que ahora me avergüenzo de haber hecho.» Mejor hubiera sido que te hubieras andado antes con cuidado, para no tener que avergonzarte ahora.
CRÍSALO: Esas mismas palabras fueron las que le dije yo hace un rato.

NICOBULO. —«Te ruego padre, que te des por satisfecho con el sinfín de reproches y denuestos que me ha infligido Crísalo. Sus consejos han servido para enmendar mi conducta. Justo es, en consecuencia, que le estés muy agradecido por ello.»
CRÍSALO: ¿Pone eso ahí?
NICOBULO: Toma, mira y lo sabrás.
CRÍSALO.--¡EI que ha cometido una falta cómo viene a arrodillarse ante todos
NICOBULO: «Ahora, si no es un sacrilegio suplicarte un favor, padre, dame, te lo suplico, doscientos filipos.»
CRÍSALO: Ni uno solo, por Hércules, si eres listo.
NICOBULO: Déjame acabar de leer. «Yo he jurado solemnemente que se los daría a la mujer esta tarde, antes de que se despida de mí. Haz todo lo posible, padre, para que no cometa perjurio y apártame cuanto antes de esta mujer por la que te causé tantas pérdidas y cometí tamaño escándalo. No te preocupes por las doscientas monedas. Te las devolveré, si vivo, multiplicadas por mil. Consérvate bien y no te olvides de mi encargo.» ¿Y ahora qué piensas, Crísalo?
CRÍSALO: Yo hoy no te daré absolutamente ningún consejo. No quiero exponerme a que, si se comete alguna falta, digas que ha sido bajo mi inspiración. Pero, en mi opinión, si yo estuviera en tu lugar, le daría el oro antes que dejarlo perderse. Tienes dos opciones. Tu verás cuál prefieres: o perder el oro o que el amante perjure. Yo ni te ordeno, ni te prohíbo, ni te aconsejo.
NICOBULO: Me da pena el muchacho.
CRÍSALO: Es tu hijo. Nada tiene de extraño. Si hubiera que perder más dinero, sería preferible arruinarse a que este escándalo se propale por toda la ciudad.
NICOBULO: ¡Cuánto mejor sería, por Pólux, que se hubiera quedado en Efeso, siempre que estuviera sano y salvo, a que hubiera vuelto a casa ¿Qué hago ahora? Pues lo que hay que perder, apresurémonos a perderlo. Ahora mismo voy a buscar a casa dos bolsas con doscientos filipos: los que para mi desgracia prometí dar al soldado y estos doscientos. Espera aquí, que ahora mismo vuelvo, Crísalo. (Entra en casa.)
CRÍSALO: (Solo.) Es saqueada Troya, los jefes destruyen Pérgamo. Ya sabía yo desde hace un rato que causaría la ruina de Pérgamo. Por Pólux, que, si alguien me dice que merezco un buen suplicio, no me atrevería yo a apostar contra él. ¡Tales follonetes preparo! Pero, ha sonado la puerta. El botín es sacado de Troya. ¡A callar se ha dicho!
NICOBULO: (Saliendo de casa.) Coge este oro, Crísalo. Ve a llevárselo a mi hijo. Yo me voy al foro para pagarle al soldado.
CRÍSALO: ¡Ah, no! No lo cogeré. Así que búscate otro que se lo lleve. Yo no quiero hacerme cargo de él.
NICOBULO: Vamos, cógelo. Eres un pesado.
CRÍSALO: -No, no lo cogeré.
NICOBULO: Por favor, te lo pido.
CRÍSALO: Ya te digo cómo están las cosas.
NICOBULO: Me estás haciendo perder el tiempo.
CRÍSALO: Te digo que no quiero hacerme cargo del oro... O ponme a alguien que me vigile.
NICOBULO: ¡Oh, qué pesado eres!
CRÍSALO: Bueno, si no queda más remedio. (NICOBULO entrega el oro.)
NICOBULO: Encárgate de este asunto. Yo estaré aquí de vuelta en un momento. (Sale.)
CRÍSALO: (Solo.) Ya me he encargado... de que seas el más infeliz de los viejos. A esto se llama concluir felizmente una empresa, regresar, como regreso, victorioso y cargado de botín. Mi vida a salvo y la ciudad tomada por un engaño, traigo a la patria todo el ejército intacto, Pero, espectadores, vosotros no os extrañéis de que no celebre el

triunfo. Está muy visto; no me interesa. Pero los soldados serán recibidos con vino mielado. Ahora voy a llevar al cuestor todo este botín. (Entra en casa de las Báquides.)

ACTO QUINTO
ESCENA PRIMERA
FILÓXENO

FILÓXENO: Cuantas más vueltas doy en mi cabeza al libertinaje al que se ha entregado mi hijo, a la mala vida y costumbres en que se precipita inconscientemente, mucha mayor preocupación y mucho mayor miedo me entra de que se pierda y se pervierta. Lo sé. Yo también tuve su edad e hice exactamente lo mismo, pero con moderación. He andado de cortesanas, he tenido amiga, he bebido, he dado dinero, he hecho regalos, pero de tarde en tarde. Y no me gusta nada la actitud que observo en la generalidad de los padres para con sus hijos. Yo me he fijado como norma dar dinero a mi hijo, para que pueda satisfacer sus deseos. Creo que es lo justo. Pero no quiero dar rienda suelta a su indolencia. Ahora voy a ver si Mnesíloco ha hecho mi encargo y ha conseguido con su intervención devolverlo al camino de la virtud y de la sensatez, como sé que, si se encontró con él, habrá hecho, dado su talante.

ESCENA SEGUNDA
NICOBULO, FILOXENO

NICOBULO: (Sin ver a FILÓXENO.) A todos los tontos del mundo, los que son, los que fueron y los que han sido, tontos, bobos, estúpidos, idiotas, memos, necios y cretinos, a todos ellos los supero yo solo con creces en estupidez y tontería. ¡Ay de mí! ¡Qué vergüenza! ¡Haber sido burlado a mis años dos veces tan indignamente! Y cuanto más lo pienso, tanto más me exasperan las calaveradas de mi hijo. ¡Estoy muerto! ¡Estoy aniquilado! Todos los suplicios me torturan, todas las desgracias me persiguen, todas las muertes me exterminan. Crísalo hoy me ha destrozado, Crísalo, pobre de mi, me ha expoliado. Este malvado con sus malas mañas a un buen tonto como yo le ha trasquilado todo el oro, a capricho. El soldado acaba de decirme que era una cortesana la que Crísalo hacía pasar por su mujer y me ha contado todo lo ocurrido con pelos y señales. Me dijo que él la había alquilado por todo un año y que el oro que yo, en el colmo de la estupidez, le había prometido, no era más que el remanente de la suma entregada. Pero, esto es lo que me exaspera, esto es lo que, en último extremo, me tortura, haber sido burlado a mis años, sí, por Pólux, haber sido burlado de esta manera, haber sido desplumado de todo el oro, cuando ya tengo la cabeza cana y la barba blanca. ¡Ay de mí! ¡Y decir que a mi esclavo le ha importado un comino atreverse a hacer esto! Si en otras circunstancias yo hubiera perdido más dinero, mucho menos me dolería y mucho menor me parecería la pérdida.
FILÓXENO: Sí, me ha parecido oír hablar a alguien cerca de mí. Pero, ¿a quién veo? ¡Si es el padre de Mnesíloco!
NICOBULO: ¡Bravo! Ahí veo a mi compañero de desgracia e infortunio. ¡Salud! ¿De dónde vienes?
NICOBULO: De donde ha de venir un desgraciado y desdichado.
FILÓXENO: Pues yo, por Pólux, también estoy donde un desgraciado y desdichado debe estar.
NICOBULO: Nuestra suerte es, pues, la misma, como los años.
FILÓXENO: Así es. Pero a ti, ¿qué es lo que te ocurre?
NICOBULO: A mí, por Pólux, exactamente lo mismo que a ti.

FILÓXENO: ¿Acaso esa aflicción tiene algo que ver con tu hijo?
NICOBULO: Exactamente.
FILÓXENO: La misma enfermedad padece mi alma.
NICOBULO: En cuanto a mí, Crísalo, ese excelente esclavo, nos arruinó a mi hijo, a mí y toda mi fortuna.
FILÓXENO: Pero a ti, dime, ¿qué disgusto te dio tu hijo?
NICOBULO: Lo vas a saber, éste: que se pierde con el tuyo. Los dos tienen igualmente amigas.
FILÓXENO: ¿Cómo lo sabes?
NICOBULO: Lo he visto.
FILÓXENO: ¡Ay de mi, estoy perdido!
NICOBULO: ¿A qué esperamos para llamar a la puerta y hacerlos salir a ambos?
FILÓXENO: Por mí, ahora mismo.
NICOBULO: ¡Eh, Báquide! Por favor, manda abrir la puerta enseguida, si no queréis que destrocemos las hojas y las jambas a hachazos.

ESCENA TERCERA
LAS DOS BÁQUIDES, NICOBULO, FILÓXENO

BÁQUIDE I: (Saliendo de casa con su hermana.) ¿Quién me llama y golpea la puerta, armando tanto ruido y escándalo?
NICOBULO: Éste y yo.
BÁQUIDE I: (A su hermana.) Dime, ¿qué pasa aquí? ¿Quién trajo aquí estas ovejas?
NICOBULO: (A FILÓXENO.) Ovejas nos llaman las muy malvadas.
BÁQUIDE II: (A FILÓXENO.) Su pastor debe de haberse dormido, para que anden así descarriadas, lejos de su rebaño.
BÁQUIDE I: Pero, por Pólux, que están relucientes; no parecen mal cuidadas ambas.
BÁQUIDE II: Lo que sí están es completamente esquiladas.
FILÓXENO: (A NICOBULO.) ¡Cómo se ríen de nosotros, me parece!
NICOBULO: Déjalas que se diviertan a su gusto.
BÁQUIDE I: (A su hermana.) ¿Crees tú que habitualmente las esquilan tres veces al año?
BÁQUIDE II: Una de ellas, por Pólux, estoy segura de que ya ha sido hoy dos veces trasquilada.
BÁQUIDE I: Son viejas y decrépitas.
BÁQUIDE II: Pero creo que han sido buenas.
BÁQUIDE I: Fíjate, ¿ves cómo nos miran de reojo?
BÁQUIDE II: Pienso, por Castor, que no tienen ninguna malicia.
FILÓXENO: Esto nos está bien empleado, por haber venido aquí.
BÁQUIDE I: Metámoslos dentro.
BÁQUIDE II: No sé para qué, si no tienen leche ni lana alguna. Déjalas que se queden ahí. Ya dieron lo que valieron. Ya se ha agotado su rendimiento. ¿No ves cómo andan descarriadas, [solas y en libertad]? Además creo que los años las han vuelto mudas. Ni siquiera balan, estando perdidas del resto del rebaño. Parecen bobas, pero no malas.
BÁQUIDE I: Volvamos a casa, hermana.
NICOBULO: Esperad ahí las dos. Estas ovejas quieren hablaros.
BÁQUIDE II: Esto sí que es un milagro. Unas ovejas se dirigen a nosotros con voz humana.
FILÓXENO: Estas ovejas os van a dar el escarmiento que os deben.

BÁQUIDE I: Si algo me debes, te lo perdono. Quédate con ello, que jamás te lo reclamaré. Pero, ¿por qué motivo nos amenazáis con un escarmiento?
FILÓXENO.-—Porque dicen que tenéis encerrados en vuestra casa dos corderos nuestros.
NICOBULO: Y, además de los corderos, está ahí escondido un perro mío, que muerde a traición39. Y si no lo hacéis salir y nos lo traéis aquí ahora mismo, nos convertiremos en carneros rabiosos y arremeteremos inmediatamente contra vosotras.
BÁQUIDE I: (Llevando aparte a su hermana.) Hermana, hay algo que quiero decirte en secreto.
BÁQUIDE II: Dime, querida.
NICOBULO: (A FILÓXENO.) ¿Adonde se van?
BÁQUIDE I: (Señalando a FILÓXENO.) Al viejo de más allá te lo cedo, para que lo amanses con salero. Yo atacaré a este viejo furioso. A ver si con halagos podemos atraerlos hacia dentro.
BÁQUIDE II: Yo realizaré con garbo mi tarea. Aunque, ¡qué repugnante es abrazar a la muerte!
BÁQUIDE I: Trata de hacerlo.
BÁQUIDE II: Cállate. Tú haz tu trabajo, que yo mantendré mi palabra.
NICOBULO: ¿Qué estarán tramando las dos ahí en secreto?
FILÓXENO: Escucha, amigo.
NICOBULO: ¿Qué quieres?
FILÓXENO: Me da vergüenza decirte una cosa.
NICOBULO: ¿Qué es lo que te da vergüenza?
FILÓXENO: Pero, como eres mi amigo, estoy dispuesto a confiarte un secreto. Soy un perdido.
NICOBULO: Eso ya hace tiempo que lo sé. Pero, ¿por qué eres un perdido? Explícamelo.
FILÓXENO: He quedado atrapado por el visgo, fuertemente. Una aguja me traspasa el corazón.
NICOBULO: Mejor sería, por Pólux, que te traspasara la cadera. Pero, ¿de qué se trata? Aunque creo que yo ya sé bien lo que es, de todos modos quiero oírlo de tu boca.
FILÓXENO: (Señalando a BÁQUIDE II.) ¿La ves?
NICOBULO: Sí, la veo.
FILÓXENO: Está buena, ¿verdad?
NICOBULO: Pero es mala, por Pólux, y tú un perdido.
FILÓXENO: ¿Para qué darle más vueltas? La amo.
NICOBULO: ¿Que la amas?
FILÓXENO: Oui, vraimenf40.
NICOBULO: Tú, viejo asqueroso, ¿te atreves a tus años a enamorarte?
FILÓXENO: ¿Y por qué no?
NICOBULO: Porque es una deshonra.
FILÓXENO: ¿Para qué seguir hablando? Ya no estoy enfadado con mi hijo ni tú debes estarlo con el tuyo. Hacen bien en amar.
BÁQUIDE I: (A su hermana.) Sígueme por aquí.
NICOBULO: Ahí vienen por fin esas incitavicios y seductrices. (A las Báquides.) ¿Qué? ¿Nos devolvéis de una vez a nuestros hijos y a mi esclavo? (A BÁQUIDE I.) ¿O debo probar contigo medios más violentos?
FILÓXENO: (A NICOBULO.) Lárgate de aquí. No pareces un ser humano, por tratar a una joven tan gentil de esa forma tan poco gentil.

BÁQUIDE I: (A NICOBULO.) ¡Oh, el mejor de cuantos viejos hay en el mundo! Déjate doblegar por mis súplicas, renuncia a perseguir tan obstinadamente esta falta.
NICOBULO: Si no te largas, por bonita que seas, te voy a dar una buena zurra.
BÁQUIDE I: Me aguantaré. No tengo miedo de que me duelan tus golpes.
NICOBULO: ¡Qué zalamera! ¡Ay de mí! Yo sí que tengo miedo.
BÁQUIDE II: (Acercándose a FILÓXENO.) Éste es más pacifico.
BÁQUIDE I: (A NICOBULO.) Anda, entra conmigo en casa y allí, si quieres, échale una buena reprimenda a tu hijo.
NICOBULO: ¿Quieres alejarte de mí, maldita?
BÁQUIDE I: Déjate, cariño mío, doblegar por mis súplicas.
NICOBULO: ¿Yo doblegarme a tus súplicas?
BÁQUIDE II: (Señalando a FILÓXENO.) Este si que se doblegará a las mías.
FILÓXENO: Al contrario, soy yo el que te suplico que me lleves a tu casa.
BÁQUIDE II: ¡Qué hombre más encantador!
FILÓXENO: Pero, ¿sabes con qué condición me llevas a tu casa?
BÁQUIDE II: La de que estés a mi lado.
FILÓXENO: Has dicho lo que deseo.
NICOBULO: He conocido yo a muchos degenerados, pero a ninguno más pervertido que tú.
FILÓXENO: ¡Así soy yo!
BÁQUIDE I: (A NICOBULO.) Anda, entra conmigo, para disfrutar de los manjares, del vino y los perfumes.
NICOBULO: ¡Basta, basta ya de vuestro convite! Me importa un comino cómo me tratéis. Cuatrocientos filipos me han estafado mi hijo y Crísalo y a este último, aunque me ofrecieran el doble de dicha cantidad, no renunciaría a crucificarlo.
BÁQUIDE I: Y si se te devuelve la mitad del dinero, ¿te decides a entrar conmigo? A condición, claro está, de que les perdones sus culpas.
FILÓXENO: Se decidirá.
NICOBULO: No, de ninguna manera, no quiero, no me interesa, dejadme en paz. Prefiero ajustarles las cuentas a los dos.
FILÓXENO: Oye tú, pobre imbécil, una dicha que te ofrecen los dioses procura no perderla por tu culpa. Se te da la mitad del dinero. Cógelo, bebe y acuéstate con la cortesana.
NICOBULO: ¿Y voy yo a beber, donde mi hijo se pervierte?
FILÓXENO: Hay que beber.
NICOBULO: Bueno, bueno, sea como sea, aunque sea un escándalo, consentiré en ello, me decidiré a ello. Pero, ¿mientras ella esté acostada con él, voy a estar viéndolos yo?
BÁQUIDE I: Claro que no, por Pólux. Me acostaré contigo, te amaré a ti, te abrazaré a ti.
NICOBULO: Me pica la cabeza41. ¡Ay de mi, no soy capaz de negarme!
BÁQUIDE I: ¿No se te ocurre pensar, cariño, que la felicidad que puedas procurarte en la vida, no va a durar eternamente y que, si desperdicias ahora la ocasión, no se te volverá a presentar después de muerto?
NICOBULO: (A FILÓXENO.) ¿Qué hago?
FILÓXENO: ¿Que qué haces? ¿Todavía lo preguntas?
NICOBULO: Tengo ganas, pero tengo miedo.
FILÓXENO: ¿De qué tienes miedo?
NICOBULO: De quedar a merced de mi hijo y de mi esclavo.

BÁQUIDE I: Dulzura mía, escucha: aunque así fuera, es tu hijo. De dónde crees que puede sacar el dinero, sino de lo que tú mismo le des. Anda, déjate convencer, concédeme su perdón.
NICOBULO: ¡Cómo me taladra! ¿No quiere que renuncie a una resolución tan firme? Por tu culpa soy un degenerado. Es obra tuya.
BÁQUIDE.—De nadie querría que fuera más que mía. ¿Puedo contar con tu promesa?
NICOBULO: Yo mi palabra la mantengo siempre.
BÁQUIDE I: El día avanza. Entrad e instalaos en los lechos. Vuestros hijos están esperando dentro.
NICOBULO: Sí, que muramos cuanto antes.
BÁQUIDE II: Ya ha atardecido. Seguidme.
NICOBULO: Llevadnos adonde queráis, como si fuéramos vuestros esclavos.
BÁQUIDE I: (A los espectadores.) Ved con qué gracia han sido cazados los que venían a tender una trampa a sus hijos. (Salen todos.)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario